EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

1854. — Tomo IV. EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN. Año 13. — Nº 99.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, nº 10, en Paris.

SUMARIO.

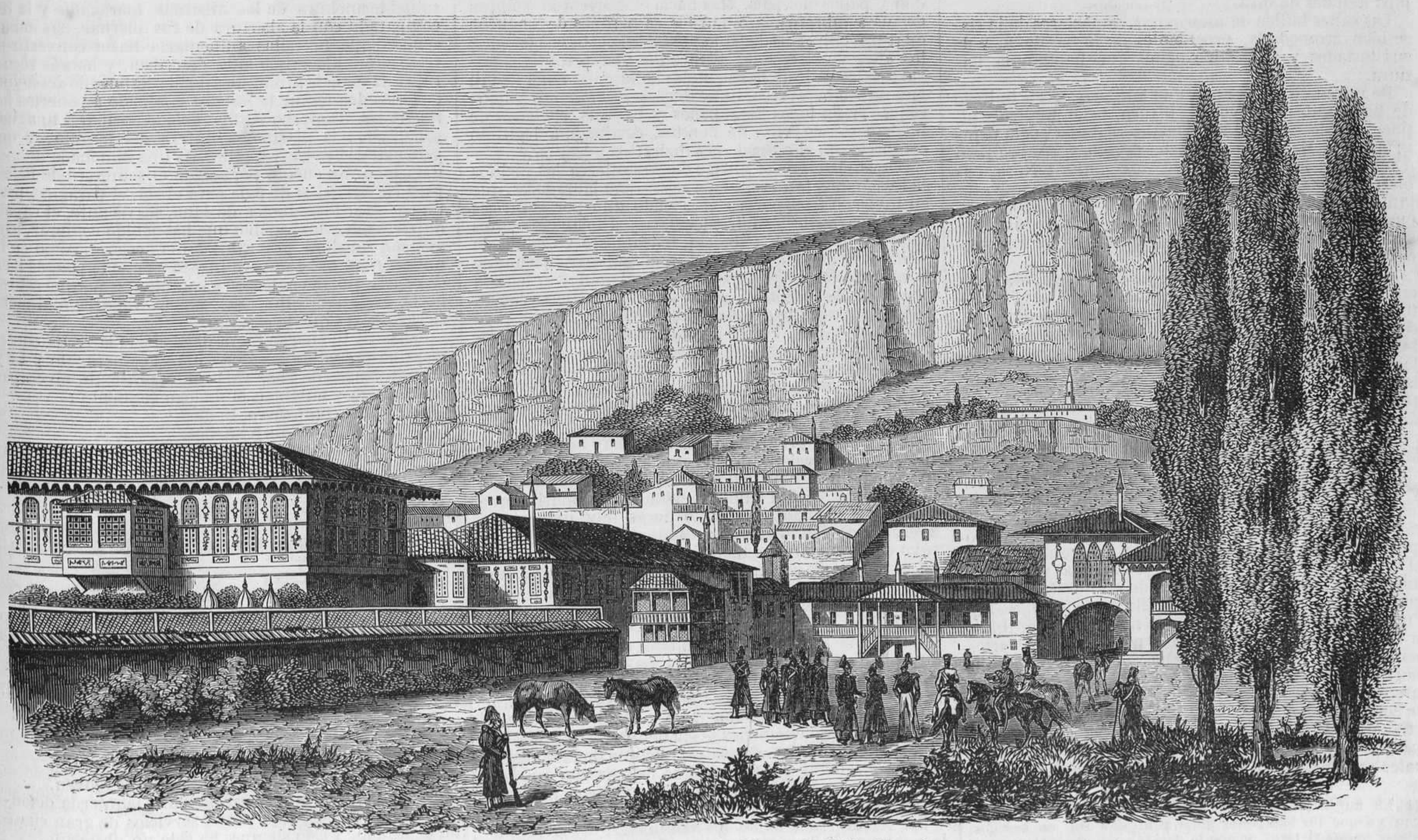
Baktschisarai en la Crimea; grabado. — **El Arriero.** — **La Rutina.** — **Sebastopol**; grabados. — **Dos composiciones de Alfredo Rethel**; grabados. — **Revista de Paris.** — **Los suministros y el equipo del ejército francés en Oriente.** — **El Castillo de Cabra.** — **Viaje al interior de la costa de Africa**; grabados. — **Blanca.** — — **Máximo Maximitch.** — **Taman.** — **Cancion andaluza.** — **Sobre la division de las propiedades en Francia é Inglaterra.** — **Octavio.** — **Tesoros subterráneos.** — **Historia de los amuletos.** — **Concierto patriótico en Lóndres**; grabado. — **El telescopio de lord Rosse**; grabado.

Baktschisarai en la Crimea.

Las ciudades principales en la Crimea son, despues de Sebastopol, que hemos descrito ya en nuestros números anteriores, Sinferopol y Baktschisarai. La primera de estas dos poblaciones es de reciente construccion, con calles de una longitud y anchura que bien podrian tener lugar corridas de caballos de competencia sin incomodar por esto á los transeuntes, y contiene, como todas las ciudades modernas rusas, muchas casas hermosas con tejados cubiertos de planchas de hierro pintadas de verde, y adornadas con muchas columnas, que prestan al edificio un aire sumamente majestuoso. En esta ciudad, conocida tambien bajo el nombre de Ak-Mesched (Mezquita blanca) y Sultanserai, capital de la provincia ó gobierno de la Taurida, habitan muchas familias alemanas lo mismo que en sus cercanías.

Mucho mas interesante es empero para los amantes del estudio de las costumbres, usos, hábitos, etc., de las naciones, Baktschisarai, capital de los antiguos khanes. Baktscha quiere decir en lengua tártara jardin, resultando pues con sarai, palacio, la version palacio de los jardines. Situado en un estrecho valle, viene á parecerse con el cúmulo de minaretes, chimeneas y elevados chopos, por decirlo así, á un bosque de torrecillas. La parte baja de las alturas que la rodean está cubierta de jardines, miéntras que la superior se presenta enteramente desnuda de toda vegetacion, reduciéndose á una pendiente sumamente rápida y de color gredoso.

Baktschisarai fué durante algunos siglos la capital de aquel memorable estado, el cual como último resto del imperio mongolo en Europa, y con su centro principal en la Crimea, ejercia su influencia mucho mas allá de las márgenes del Dnieper y Dniester, hasta que el formidable cetro de Catalina la dió fin. Aquí en los confines de las montañas y las estepas residian aquellos poderosos khanes, ante cuyo imperio se extremecia aun la antigua capital de los czares allá en el siglo diez y siete, y por cuya amistad y bienquerencia aspiraban á la par los polacos, rusos y turcos. El íntimo afecto que los tártaros, reducidos hoy dia á un pueblo montañés sencillo pero muy amable, profesaban á su capital, ha ido conservándose á través de los siglos, y aun se ha mantenido algun destello de su antiguo es-



Patio interior del palacio de los khanes en Baktschisarai.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

plendor, mayormente cuando los rusos á su vez han puesto un conato especial en conservar en el mejor estado posible el palacio de los khanes (título de los jefes superiores de los pueblos tártaros), y que además no se permite el establecerse á nadie en esta ciudad si no es de procedencia tártara ó moscovita.

Baktschisarai es por consiguiente el asilo principal del tartarismo (1) contando una poblacion muy numerosa, con aquella vida y boato de música, canto, cimbalo y timbales, como si todavia ocupara uno de los antiguos khanes su trono. Incrustada, por decirlo así, en un estrecho valle, ha tenido el ámbito de la poblacion que extenderse en sentido longitudinal, resultando así una calle sola con una extension de mas de dos verstas (una versta, medida itineraria rusa que se compone de quinientas toesas), pero en cambio es muy estrecha. Extraordinaria es la animacion que se advierte en ella hasta las altas horas de la noche, debida al grande tráfico y movimiento mercantil, el cual se hace tambien extensivo á toda la parte occidental de la montaña. En las tiendas y almacenes se halla cuanto produce la industria tártara y turcomana, y lo propio sucede en los talleres. Las casas, que en su mayor parte son muy pequeñas y unidas unas á otras, si bien no tienen ventanas, convierten la fachada principal en una especie de persiana cortina que se puede subir y bajar como mejor convenga: así hay sobrada luz en toda la casa, importando á los moradores muy poco que á los extraños que circulan por las calles los vean desempeñando sus quehaceres domésticos. Así es que se ve á unos amasando pan, otros introduciéndole en el horno, cuyo calor trasciende hasta la calle. Pasando á la casa inmediata se descubre acaso la manipulacion para preparar el *bussa*, un brebaje favorito de los turcos, ó se columbra algun sastre por la persiana medio corrida que con sus oficiales tiran diligentes de la aguja, sin dejarse distraer de los que al pasar quieren atisbar lo que tienen entre manos: mas allá ve el curioso condimentar los diferentes manjares, colocar las ollas al rededor del fuego, etc.; se deja servir por una friolera una taza de caldo, ó trozo de asado, y va con su curiosidad á otra parte, encontrándose en la casa siguiente tal vez una zapatería, un alfialtschik, ó sea confeccionador de colchas de cama acolchadas, etc. Continuando la revista vendrá á parar á alguna ferrería, cuyos operarios son todos gitanos, y en donde el padre de la familia vibra el enorme martillo, la madre agita el fuelle, y los niños acarrean carbon ó agua.

En los bazares y demás tiendas se hallan todos los objetos de venta aparejados y dispuestos de manera que en un momento de una sola mirada se ve cuanto existe en ellas. Llaman mucho la atencion los despachos de tabaco, en donde se ven grandes montones formando pirámides de este género en hoja, bolsas riquísimas y pipas colocadas con mucho gusto: luego ofrecen tambien un aspecto muy agradable las tiendas, en las que se venden toda clase de fruta, y finalmente los cafés que colocan las mesas hasta la mitad de la calle cubiertas de un grande toldo, y ocupadas todo el dia con gente, entregada al *dolce farniente*, fumando una pipa despues de otra.

Las calles bullen de moscovitas, de tártaros de la clase bien acomodada, procedentes de la montaña, y de sus tostados y toscos hermanos que habitan la llanura.

De vez en cuando se presenta tambien en este bullicio de transeuntes el turbante blanco de algun hadschi, pues aun de estas septentrionales regiones suele peregrinar á la Meca algun corazon devoto, ó se abre paso á través de la muchedumbre una mujer tártara, cubierto el rostro con espeso velo, distinguiéndose esta tanto mejor entre las rusas vestidas de mil colorines cual los papagayos, por cuanto son por lo regular tan sumamente corpulentas, que ocupan siempre un espacio de dos personas.

Tampoco falta la arrogante y bella griega, ataviada en hermoso traje negro con adornos de oro, ni el apuesto judío caraita ó talmudista. Aspecto imponente ofrecen las recuas de camellos que cargados de grandes bultos atraviesan las calles con su pausado paso, semejantes á unas fantasmas gigantescas, miéntras que á su lado desfila ligero algun hermoso caballo del país, ó les precede uno de estos carros del país con ruedas disformes tirado por fornidos búfalos tártaros. Baktschisarai cuenta en el dia 14,000 habitantes tártaros, entre los cuales viven solamente 2,450 rusos.

Con la especial solicitud de la emperatriz Catalina II, y empeño particular que formó, se halla el palacio de los khanes perfectamente conservado. Su aspecto exterior llama poco ó nada la atencion; pero en cambio quedará cualquiera que penetre por la grande puerta al interior del vasto edificio, sorprendido al ver el primer patio que se ve representado en nuestro dibujo, que forma un paralelógramo de dimensiones colosales. En un lado del mismo se halla la magnífica mezquita, la mayor de Batschisarai, y un poco mas allá varios mausóleos de príncipes tártaros con su pequeño jardin mortuorio delante, como se ve en todos los cementerios turcos. A la derecha está el cuerpo principal del palacio con los aposentos de los khanes, sala de audiencia, y tribunal de magnificencia deslumbradora. Los kioskos que hay en los jardines del palacio, dentro de los cuales solian los soberanos tártaros entretenerse con sus mujeres, existen tambien todos aun, rodeados de preciosas fuentes con sus saltadores; asimismo el kiosko, en el cual mantenian los halcones que les servian de reclamo en las cacerías, la pradera cercada de un elevado muro, que servia de solaz á las damas. En una palabra, nada absolutamente falta aquí de todo cuanto puede dar una idea del fausto oriental; pero sí un huésped tan amable y espléndido como lo halló hará un siglo el baron de Tott en la persona del khan Maksud-Gergi.

(1) En nuestros números anteriores sobre la Crimea hemos dicho ya que los habitantes de la península son en sus dos terceras partes tártaros, y que lo demás se compone de rusos, griegos y colonos alemanes.

El Arriero.

(Artículo último.)

Aquí tienes lector, amigo, retratado en grande á nuestro personaje: si quieres conocerlo mas á fondo es preciso resignarse á emprender un viaje en su compañía. Abandona por hoy esas carreteras prosáicas donde la naturaleza está viciada y contrahecha, rebajada la cresta de montes, rellenos los hondos valles, y los majestuosos rios en mezquinos puentes aprisionados. Lo grande, lo sublime, lo variado y pintoresco son los caminos tortuosamente abiertos por las herraduras de los machos, y no por la mano mezquina del hombre. No te encajones en esos baules de cuerpos humanos, ó atahudes de vivientes, llamados diligencias, donde apénas eres dueño de mover un pié, ni de menear la cabeza sin tropezar en los vidriosos callos del achacoso anciano que tienes delante, ó deshacer el prendido de tus remilgadas *adláteres*: donde te pondrá la cabeza como un cántaro, el monotono y bronco estruendo del carruaje, el finísimo polvo que sorberás sin ser aficionado, el humo de los sempiternos cigarros de papel, y los nada pulcros hábitos de la dama mareada. Sube, monta en esa arrogante mula asegurada, yo lo fio, de galopes y de trotes, sino de coces y corcobos. No perderás en ella ni uno solo de los encendidos rayos del sol de julio, ni un soplo de los rígidos vendavales de diciembre, y á guisa de cuajadas perlas las escarchas se posarán sobre tu barba, sin otro inconveniente ni peligro que tal cual aguda pulmonía ó tabardillo, que sin gastos de médicos ni boticarios, te haga hacer en vapor el viaje de la eternidad.

Pero ¿qué rumbo tomamos? ¿qué camino elegimos? Allá por el de Alcalá, vienen los robustos y corpulentos catalanes de Olot y Vich, ásperos y desabridos, pero complacientes á su modo con los caminantes. Llevan el traje comun del arriero; chaqueta de paño, chaleco de pana con botones de cadenilla, pañuelo al cuello con sortija, faja de algodon, uno de cuyos extremos les sirve siempre de bolsa, calzon de pana atado con cordones de seda, polainas de paño ó botin de baqueta, zapatos de boton en invierno y alpargatas en verano. Distínguense sin embargo por el gorro encarnado sobre el cual se encasquetan á veces el sombrero calañés, y por los cuatro dedos de calzoncillos que descubren sobre la faja. Cargan sus grandes machos de géneros de algodon y paños del país. Mas hácia el Norte á la sombra de sus sombreros, asoman los cameranos de pequeña estatura, cubiertos de paño pardo de la cabeza á los piés; los altos y extremados ventosinos; los primitivos navarros del valle de la Burunda, nobilísima cuna de tan famoso reino, ásperos, inflexibles, pero valientes y honrados. Traen todos tres, paños y bayetas, cucharas de madera y rico vino de Peralta, destinado á legítimo consorcio con el agua de la Cibeles.

Descienden por el Puerto de Somosierra los ínclitos caderachanos tan pronto arrieros como labradores, que en invierno transportan el pescado que por antífrasis llamamos *fresco*: los burgaleses, cuyos aplanados cestos inundan de huevos á Madrid, los famosos vizcainos de rollizos *coram bovis*, sentados en gigantescos machos de la raza de los Megaterios, que engalanan con toda la pompa arrieril. Son de genio terco, y segun se jactan podrán sus machos aventajarles en entendimiento, pero en fuerzas jamás. Por la línea divisoria de ambas Castillas, allá en la punta de Guadarrama, se divisan por fin los maragatos...

¡Salud, pueblo trashumante que penetrando por las entrañas mismas de la civilizacion, y siempre disperso, has sabido conservar inmaculadas tus rudas costumbres! Para tí no hay progreso, para tí no hay adelantos, ni luces, ni ilustracion, ni toda esa cáfila de cosas nuevas que como un turbion han caido sobre España; tú, como el castor que edifica su choza, como la golondrina que construye su nido, lo mismo haces hoy que hacias ayer, y que harás mañana. Montesquieu sin duda te tuvo en el magin cuando dijo que habia tres pueblos en la península que no estaban sujetos á Rey ni á Roque. Casi, casi tenia razon el señor Montesquieu si no le desmintieses sacando la bolsa á cada paso que das por esos caminos obstruidos de pontazgos y cadenas. A tí se debe que la honradez castellana no haya quedado tan solamente en proverbio. Las enmarañadas firmas de tres escribanos conjurados para enmarañar un negocio sencillo, no hacen mas fe que tu simple palabra.

No resolveré el problema de si la explicacion de tan extraordinarios fenómenos se encuentra en tu durísima mollera. Admiro los efectos y prescindo de las causas: me envanezco al ver la nobleza del corazon que late bajo tu grasiento *coleto*, pero no me atrevo á penetrar en el intrincado laberinto de tus *bragas*.

Por Navacerrada bajan los armuñeses, descubriendo la camisa plegada y sin cuello, por la ventana que forma el chaleco de paño hácia la parte superior; arieros noveles que viajan en compañía, reuniéndose los asnos mas grandes de toda España, cargados de ricos garbanzos. Por la tierra llana del mediodía suben los amojamados choriceros, los manchegos y andaluces, que á guisa de paveros traen suelta una manada borrical. El arriero andaluz y el maragato se diferencian tanto de sus costumbres, que casi llegan á formar dos tipos diversos. Es el primero alegre, decidor, y entretiene al viajero con chistes y cuentos graciosos, en las posadas es espléndido y manda en ellas á costa de su bolsillo; el segundo habla poco, piensa mucho y duerme mas, y merced á su gramática parda y á la exactitud en el pago, goza de mayor consideracion en los mesones, aunque el gasto que en ellos haga sea mezquino; funda aquel su vanidad en llevar la bolsa del tabaco hecha de piel de lobo y forrada de seda recamada de oro y plata, y en presentar su recua llena de perifollos, banderines y mandiles de seda; tiene este orgullo de llevar el cinto-canana repuesto de onzas de oro y los machos gordos y lucios, aunque modestamente vestidos: el maragato es aficionado á carne de pluma; el andaluz á pescados frescos: este, pródigo de promesas que no se cura de cumplir, aquel es sobrio en prometer y exacto en el cumplimiento; trabaja el uno regularmente para los demás; en cada bestia de su recua suelen tener parte media docena de compadres; especula el otro para sí, y cargas y recua todas son propias.

Vienen por último los valencianos, á quienes toda la ropa les parece poca de medio cuerpo arriba, y toda les sobra de medio cuerpo abajo; apénas gastan lumbre para sus comidas, y con una *paella* de arroz en que mezclan todo cuanto á mano les viene, se dan por satisfechos. Los huéspedes esconden á su llegada todo linaje de aparejos menudos y de fácil transporte; ellos sabrán el por qué: materia es esta muy delicada y no quiero entretenerme en murmuraciones.

Hemos dado una rápida ojeada al vasto panorama arrieresco español, te he presentado, lector paciente, las principales secciones en que está dividida esta comunidad inmensa, y como quiera que carezcas del don de *uricuidad*, supongo que habrás elegido un arriero para viajar, y que has preferido al maragato, como su ranciedad, su honradez y la extrañeza de sus costumbres lo merecen.

Siguiendo una costumbre de las mas inveteradas, te habrás despedido de todos tus parientes, amigos y conocidos: todos te han dicho una misma cosa y en unas mismas frases, y te ha dado cada uno un millon de encargos, que tendrás buen cuidado de olvidar. Hasta el último trance no te abandonarán los mas molestos de tus amigos, y si tienes mujer irá á darte el último abrazo á la puerta de Segovia, y al desprenderse de los tuyos, será preciso que se desmaye en manos del mejor mozo. Aprovechándote de su soponcio volverás la espalda enternecido, y aprovechándose tu esposa de la vuelta de tus espaldas, volverá en sí, volviendo por gratitud los ojos á los ojos revueltos del amigo, y entre unas y otras miradas se volverán tortilla.

Supongo que si ántes de ahora has advertido la interminable anchura de las albardas maragatas y la has comparado con la abertura de tus piernas, has debido conocer que necesitas aumentarla hasta convertir en recto el ángulo agudo que describen, y habrás recurrido á la escuela gimnástica donde despues de descoyuntarte los dos femur te habrán enseñado á ponerlos horizontales. Tampoco se ha debido escapar á tu aguda penetracion la marmórea dureza del lomillo, y que para evitarla es muy á propósito una almohada de mullida lana. No cuento por sabido el sombrero de fieltro para las aguas, el de paja para el sol, el paraguas para uno y otro, los guantes de lana, los de ante, el capote de barragan y los estribos que has debido comprar, porque son muebles proscritos en la arriería, como en la milicia romana. Tampoco insisto en que te pongas bien con Dios, que te confieses y comulgues, porque esto se hacia antiguamente; pero no te vendria mal para ciertos lances que te esperan.

Echas ya tu cuerpo fuera de Madrid: la recua con el mozo ha precedido hace una hora: el maragato y tú y un compañero de viaje vais juntos. Este último empareja contigo y entablais el diálogo siguiente:

— Felices, compañero, te dice.

— Téngalos Vd. muy buenos.

— Parece que vamos juntos.

— Así parece.

— ¿Y á dónde, bueno? ¿A Vigo, Santiago, la Coruña?

— Mas cerca.

— ¿Va Vd. á Lugo, Astorga, Valladolid?

— Precisamente.

— ¿Es Vd. del país?

— Del país soy.

— ¡Ola! somos paisanos. Yo me llamo D. Curioso Pregunton y Machaca; he sido muchos años agente de policía...

— ¡Ya! ¿por aficion?

— Justamente. Y ¿hace mucho tiempo que falta Vd. de allí?

— Así, así.

— ¿Ha sido Vd. empleado?

— No, señor.

— ¿De veras? Me pasma que siendo Vd. jóven.

— ¿Qué quiere Vd.? Perdí la mano izquierda defendiendo las instituciones, presté servicios de gran cuantía al Estado, y esto siempre ha sido un obstáculo.

— ¿Con qué es Vd. militar?

— Tampoco.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

— Pues Vd. tiene trazas de hombre casado.

Y naturalmente te acuerdas del soponcio de tu mujer y de aquel tu amigo buen mozo, y te atusas el pelo y respondes :

— Tal vez. — ¿Tiene Vd. muchos hijos? — Ninguno. — ¿No faltarán deseos de tenerlos? — ¡Pche! Si han de ser tan fastidiosos como ciertos hombres que yo conozco... — ¿Han sido Vds. muchos hermanos? — Muchos. — ¿Y todos son vivos? — No : bastante lerdos. — Cudiao, señor Pregunton, interrumpe felizmente el tio Colorado, cudiao no le santigüe el macho del señor con su par de coces.

Esta oportuna interrupcion del arriero te revela las pacíficas propiedades y malos siniestros de la bestia encargada de martirizarte; pero te salva de un martirio mayor y mas inmediato, que es el de sufrir las preguntas del D. Curioso. Entretenido en su conversacion has perdido la almohada y el paraguas, y calculas que á ese paso debes llegar á casa sin camisa

El arriero va siempre taciturno y pensativo el dia de salida, coordinando en su memoria la infinidad de encargos que le han hecho, y calculando tambien cuanto debe producirle el viaje que emprende. Hácia el mediodía se tropiezan infaliblemente en la mitad de la jornada los maragatos yentes y los vinientes. En este caso es ley rigurosa que los últimos descuelguen de uno de los tercios la solemne bota de brocal, llena de vino de Rueda, que constantemente ha ido á la sombra, y conviden á los primeros incluso la gente toda que llevan consigo. Beben, saborean el rico mosto, se limpian los azucarados labios con la manga de la almilla, y se informan de la salud de los mulos, luego del precio del género que cargan, y por último de sus mujeres y familia. Esta escena se repite muchas veces todos los dias y á una misma hora. Terminados los encuentros llega la hora de la comida, que siempre es fiambre.

El ejercicio y la pureza del aire atmosférico te han abierto el apetito, y por melindroso que seas no reparas que las manos del maragato, tan prácticas en el ejercicio de la veterinaria, trinchan un pollo con la misma envidiable sencillez que pudiera hacerse ántes de Tibulcain, inventor de los instrumentos de cobre ó hierro; y en último apuro anegas tus escrúpulos en un lago del néctar mas sabroso que se ha escanciado á los dioses del Olimpo.

Es ley reconocida entre los arrieros llegar de noche á las posadas, por el órden con que de ellas han salido al amanecer, y práctica suya constante comprar siempre al pié de fábrica y en tierras donde la abundancia enjendra la baratura. Nuestros maragatos se proveen de clavos y herraduras para todo el viaje en las heladas herrerías de Valcarce, de jamones en Caldas, de ronzales en Tordesillas, de vino y botas en Rueda, de sombreros en Vierzo, y de zapatos para sí y para toda la familia en el Corgo, donde existe arrinconado un *genio* que ha llegado á la perfeccion del arte : un *genio* que calza de memoria los formidables piés de las maragatas, y que calcula de un año para otro cuanto debe haber crecido el de las *meninas*. Y los gobiernos pasan y se suceden, y ninguno echa una mirada de proteccion al distinguido artista, no obstante que sus obras aturden y aplastan á todo Madrid, cuando hacen de ella ruidosa ostentacion las tremebundas plantas de los ferruginosos aguadores.

El maragato huye con horror de las grandes poblaciones, y precisado á entrar en ellas se alberga siempre á las puertas sin que ose nunca penetrar en el interior. Sus pueblos favoritos son los mas miserables del tránsito, donde gozan al ver salir de las barracas unos séres muy parecidos al hombre, que en inarticulado lenguaje le convidan y ruegan que les compre un par de gallinas. Este contrato no se verifica hasta que ya molido y cansado el importuno vendedor, despues de haber andado media legua tras el endurecido y sordo maragato, vuelve este los ojos por vez primera á la mercancía, de la que se hacen dueños por la mitad de su valor.

Entre tanto habrán llamado tu atencion ciertas alzadas y mohosas piedras, y negras cruces de que están sembrados los sitios solitarios y sombrías encrucijadas. Reparas que tienen inscripciones, y el D. Curioso procura descifrar una de ellas tan siquiera, y casualmente tropieza con el siguiente enigma :

AQUÍ MATÓ JÚDAS EL NEGRO.
AL TIO BLANCO SERRUEGA : QUE
SE RRUEGE Á DIOS POR EL.

— Tio Colorado, pregunta, ¿por quién nos ruegas que roguemos, por el Negro ó por el Blanco?

— Mejor será por el Negro, que es quien puede hacernos mal, que el pobre tio Blanco ya está defunto.

Y como los arrieros son tan aficionados á contar aventuras romancescas por estilo de las de su héroe el guapo Francisco Esteban, te referirá uno por uno todos los espantosos crímenes de Júdas el Negro en su mismo sangriento teatro que pisas espeluznado.

— Y dónde anda el Júdas, preguntas con terror.

— No hay cuidiao : seis dias arredro que no ha muerto á dinguno por acá.

Como todo tiene su fin en este mundo perecedero, tambien se acaba una jornada de maragatos, cosa que has debido poner en duda mas de una vez durante el dia. Llega á la venta, si es que el señor Júdas no se le antoja hacerte una visita sin cumplimiento, y al macho tordo tirarte por un derrumbadero abajo : el ladrido de los perros, el chirrido de los portalones que se abren de par en par, la luz que se columbra por entre las rendijas de la afiligranada pared de la casa. Todo te hace creer que has llegado á una posada española, y las anchas cuadras que ves en perspectiva y la voz del maragato que te manda apear te confirma en tu creencia.

— Cuando tan buena habitacion tienen las bestias, cuál la tendrémos nosotros, exclamas tú, ¡pobre inocente! Pero no quiero anticiparte desengaños.

Tratas de obedecer al maragato y te encuentras imposibilitado de hacerlo. Al pronto dudas si te habrás convertido en centauro, y si tú y el macho seréis una misma cosa; pero luego discurres que el quebrantamiento de huesos y el frio intenso te han petrificado. Dos ó tres gañanes te despegan de la albarda : inmóvil, con apagada voz y dando diente con diente pides un cuarto á la mesonera que se reirá á carcajadas.

— ¡Un cuarto! Aquí no hay mas cuarto que los que traiga su mercé. — Quiero decir, una sala, un aposento, una habitacion...

— ¡Salas! ¿eh? ¡Salas! ¡ja, ja, ja! ¿Si pensará que antodavía está en los Madriles? ¿Pues quién será el que pide salas y viene sobre una albarda?

— Tiene Vd. razon; yo la merecia por venir así.

Tus palabras tienen la propiedad de excitar la hilaridad de los circunstantes, y algo es algo : debes contentarte con haber caido en gracia.

— Me estoy muriendo de frio; exclamas entre yerto y amoratado de cólera.

— Eso es otra cosa. Venga, venga. Pida cosas regulares y no se lo negarán, que á servir y dar gusto á los caminantes denguna me echa la pata encima.

Y te llevan á un cuartucho enhollinado cuyo pavimento es el hogar, circuido de sendos escaños de encina. Te sientas allí en compañía de diez ó doce arrieros, venteros y caminantes : reparas que echan un roble entero en el hogar, y te consuelas; pero comienza la llama que se enciende luego por los cuatro ángulos del chiribitil, y te abrasas, te tuestas; aquel fuego extraordinario y repentino te sofoca por delante, y el aire que por las rendijas se cuela te hiela las espaldas.

Entre tanto el arriero arregla sus bestias sin acordarse que eres nacido : te presentan una taza de sopas en Castilla ó una conca de caldo en Galicia : el afan de tomar algo caliente te hace cerrar los ojos, las sorbes sin melindres y te escaldas y bufas y pateas, sirviendo de diversion á los circunstantes.

Una hora despues es la de la cena, compuesta de un gallo que muy ufano, alegre y descuidado estaba cantando á la puerta cuando tú llegabas. Trábase singular batalla entre tus dientes y las correosas carnes del semivivo animal, y vertiendo mares de sudor con las fuerzas que haces para desprenderla de los huesos; vencido y desmayado tiras la vianda, y ántes de llegar al suelo la recoge entre sus dientes un gigantesco mastin que suele limpiar de cuando en cuando tu mesa con su hocico.

Queriendo reposar de tantas fatigas, te atreves á pedir una cama.

— ¡Cama! aquí no hay mas cama que la que Vd. traiga. — Señora, exclamas con horror, ¿yo he de traer la cama conmigo?

Entónces reparas que el D. Curioso á quien el hambre y el frio no han dejado hacerte mas preguntas, como mas ducho en la materia, trae un costal vacío que lo llena de paja, y que el arriero con sus albardas y mantas hace un lecho razonable, y sobre todo que unos y otros beben sin tasa porque saben que á mala cama... el refran dice lo demás. En tu desesperacion no consigues otra cosa que oir á la ventera.

— Ahí tiene siete piés de suelo, escoja lo que guste.

— ¿Pero á lo ménos no habrá un cabezal?

— ¡Vaya, vaya, cabezales pide el hombre!

— Siquiera un canto para reclinar la cabeza.

— ¡Un canto! Pero, señor, pedir un canto en un meson es lo mismo que pedir gollerías.

Acude el arriero á la disputa, se digna prestarte un par de albardas y una manta : te cubres con el capote, y haciéndote un ovillo procuras concentrar el calor y dormir.

— ¡Dormir! El monotono ruido de las cabalgaduras que mascan el pienso : la infernal algarabía de campanillas y cascabeles, el canto repetido de los gallos y el continuo levantarse de los arrieros, el mugido de las vacas, amen del frio y de la inflexible dureza del fementido lecho, todo esto te impide que llegues á cerrar los ojos, y cuando ya rendido y postrado ibas cayendo en un estupor parecido al sueño, oyes la bronca voz del arriero que resuena en las tinieblas gritándote :

— Arriba que están aparejando, y vuelves á emprender una jornada parecida á la del dia anterior, con el consuelo de tener otras quince en perspectiva.

Pero no hay remedio, en el vaiven de nuestras revueltas políticas será mas que probable que disfrazado de arriero tengas que hacer un viaje, lector carísimo, para emigrar de España. Es necesario aprender la leccion. Todo emigra en España, todos tenemos que emigrar, emigran los buenos cuadros de Zurbarán, Velazquez y Murillo, emigran las comedias famosas de nuestro teatro antiguo para convertirse en *vaudevilles* que luego traducimos en gabacho; emigra el habla castellana; emigran nuestra honradez y buena fe (no se sabe á donde), emigra la Constitucion que vino emigrada, emigran las reinas y los pretendientes á reyes. Ser emigrado es lo que hay que ser en el dia, es el término de todas las carreras, y el arte de emigrar que yo te enseño será luego la cartilla del *Cristus* de todo buen español. Animo pues, emigrado *in fieri*, sacude la pereza, levántate de ese lecho, sorbe una jícara del almazarron ó chocolate, paga la *botifuera* ó los *alfileres*, que el nombre es lo de ménos, con tal de que gratifiques á la huéspeda por su amabilidad; entrégate á discrecion al maragato, prosigue tus jornadas, y aprende á emigrar, que *arrieros somos, y en el camino nos encontrarémos*.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

LA RUTINA.

(DE LAS FABULAS DE LA EDUCACION.)

Segun cuenta un afamado
Compilador de consejas,
Pacian unas ovejas
Cierto dia en un collado,
Y estaban como un alambre,
Pues como yerba no habia
A causa de la sequía,
Las pobres rabiaban de hambre.
« — ¡Cuánto cuesta la pitanza!
Dijo un carnero formal
Que buscaba un herbazal
En donde llenar la panza.
¡Mire usted que la pension
Del estómago es tirana!
¡Comemos hoy, y mañana
Vuelta á la misma cancion! »
Aunque la paciencia pierde,
A esta reflexion se entrega,
Pero de pronto en la vega
Divisa un campo muy verde.
« — ¡Somos felices! exclama
Dando saltos de contento,
Y es consiguiente, al momento
A sus compañeras llama.
« — Mirad, les dice, allí está
Lo que cada cual desea;
Con que, compañeras, ea,
¡Seguidme y vamos allá! — »
Oyó una cabra el reclamo
Y dijo, allá en su lenguaje :
« — ¿Con qué tenemos forraje?
Pues á la parte me llamo. — »
Y, piés para que os quiero,
Sin hablar otra palabra,
Parten ovejas y cabra
Guiadas por el carnero.
Corren ante el espectáculo
De aquella verde pradera,
Mas detiene su carrera
Un inesperado obstáculo.
Es un profundo torrente
De tan excesiva anchura,
Que será la sepultura
De quien vadearle intente.
La cabra, que creo yo
Era de las mas flemáticas,
Acudió á las matemáticas
Así que el torrente vió :
« — Abarco, dijo, lo mas
Tres varas de cada brinco;
El torrente tendrá cinco...
Pues, señor, me vuelvo atrás. — »
Y sin hacer ningun caso
De instancias ni de protestas,
A las inmediatas cuestas
Se volvió pasito á paso.
« — Ancho es el torrente á fe,
Cada oveja se decia,
Pero es mi filosofía
Hacer lo que hacer se ve. — »
Salta el carnero el torrente,
Y todas tras él saltando,
Van una á una encontrando
Sepultura en la corriente.
Vió desde un cerro esta escena
De desolacion la cabra,
Y tomando la palabra,
Dijo, llorando de pena :
« — Aunque el uso tergiverse,
Siempre por necio tendré
Al que hace lo que hacer ve
Y no lo que debe hacerse.

ANTONIO DE TRUEBA Y LA QUINTANA.

Sebastopol.

Miéntras recibimos otros dibujos mas interesantes de las operaciones del teatro de la guerra, publicamos hoy los que nos ha dirigido M. A. Dulong, representando el plano del ataque, y un episodio del que han hablado todos los periódicos para rendir homenaje á la intrepidez de la marina francesa.

« Katcha 11 de octubre.

» Esta mañana nuestro digno almirante que se halla siempre alerta, notó que un buque austriaco salido del fondeadero de Katcha, iba arrastrado por la corriente hácia los fuertes de Sebastopol. En efecto, á las once y cuarto, las baterías rusas rompieron el fuego contra ese desgraciado *ship*, que al punto fué abandonado por la tripulacion. En aquel momento vimos á la corbeta de vapor inglesa el *Firebrand* que se dirigia hácia el buque abandonado con la señalada intencion de remolcarle. Inmediatamente el almirante mandó al *Mogador* que aparejara para sostener á nuestro amigo el *Firebrand*, pero ántes de que se hubiera podido ejecutar la órden, el *Firebrand* habia renunciado á su empresa, y se alejaba disparando algunos tiros contra las baterías rusas. El buque austriaco se iba acercando mas y mas á la entrada de Sebastopol, y los fuertes le hacian un fuego continuo. Sin embargo, el fuego de los

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Los fuertes Constantino y de la Cuarentena en Sebastopol, cañoneando á un buque austriaco caido á sotavento.

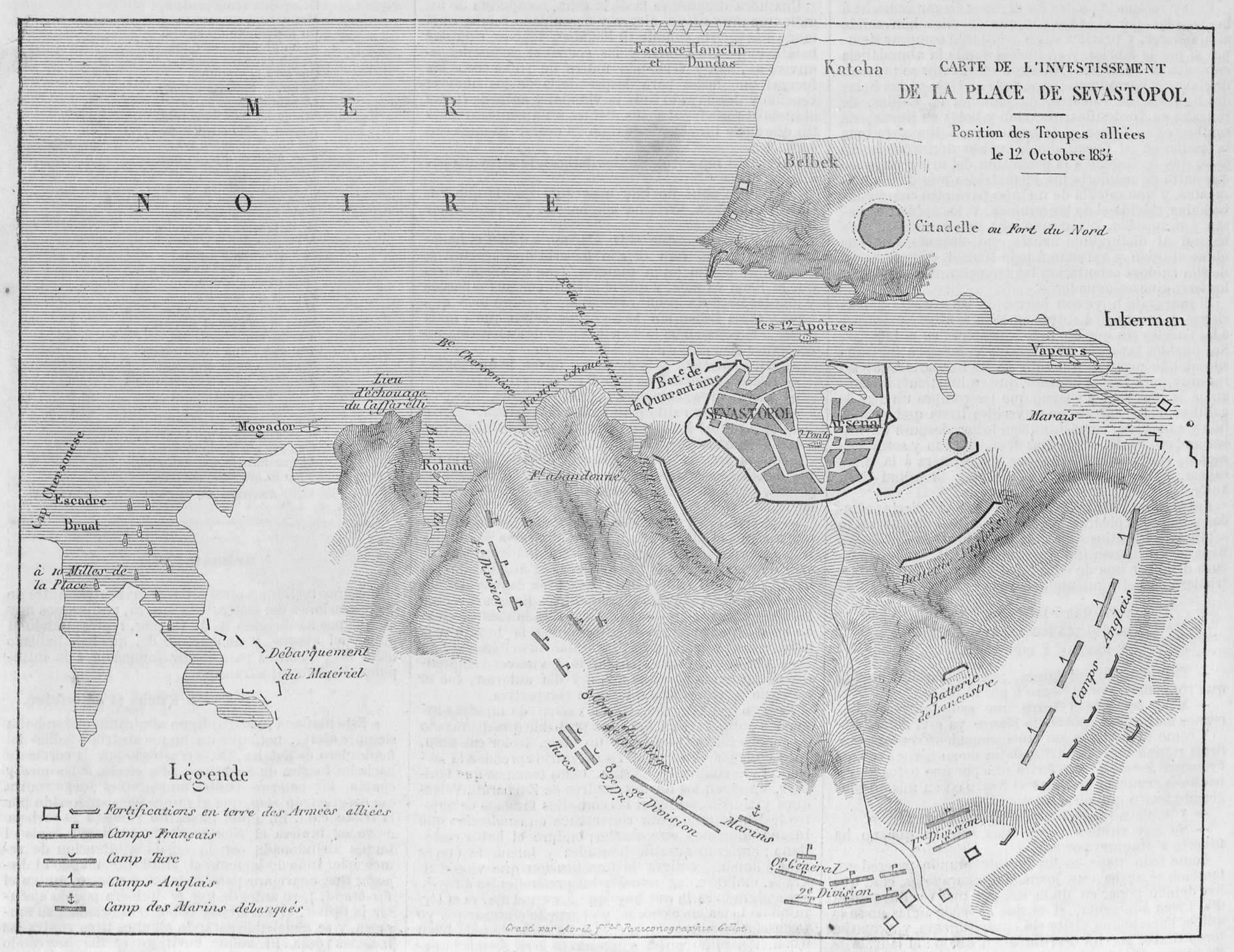
rusos estaba tan mal dirigido, que al cabo de hora y media de sufrirle el buque, fué á zozobrar, milagrosamente, sin grandes averías, bajo las casas que se hallan al ángulo de la bahía Quersoneso.

» El almirante no perdia de vista uno solo de los movimientos del buque; y al verle abandonado por el *Firebrand*, y que iba á ser presa de los rusos, ordenó á 150 hombres armados de distintos navíos que pasaran al lugar del naufragio, bajo el mando de un teniente de marina.

» El almirante en persona con su jefe de estado mayor precedia á nuestra pequeña tropa porque quiso reconocer la situacion en que se hallaba el buque que habia zozobrado cerca de la costa. Despues pasó á ver al general Faure para entenderse con él sobre el apoyo que podria prestarle la 4.ª division, si lo necesitaba. El *Roland* recibió la órden de disponerse á sostener nuestro destacamento, y al mismo tiempo las ruinas del fuerte genovés fueron ocupadas por nuestros marinos y por una compañía de cazadores de Vincennes.

» Todos estos preparativos se hicieron en un credo, y á pesar de la lluvia de balas y granadas que nos enviaban los rusos, tomadas todas las medidas, á una señal del almirante, cinco marinos se arrojaron al agua, y dirigieron una embarcacion para llegar á bordo del buque austriaco que encontraron lleno de forraje; sin descargarle, trabajaron en sacarle al agua, y esta operacion quedó prontamente terminada.

» El almirante quedó contentísimo del celo y el vigor que desplegaron los oficiales y los marinos del destacamento, no obstante las bombas que estallaban á su lado; por lo demás el buque se salvó sin que hayamos tenido nosotros que deplorar ninguna desgracia. »



Plano del ataque de Sebastopol.

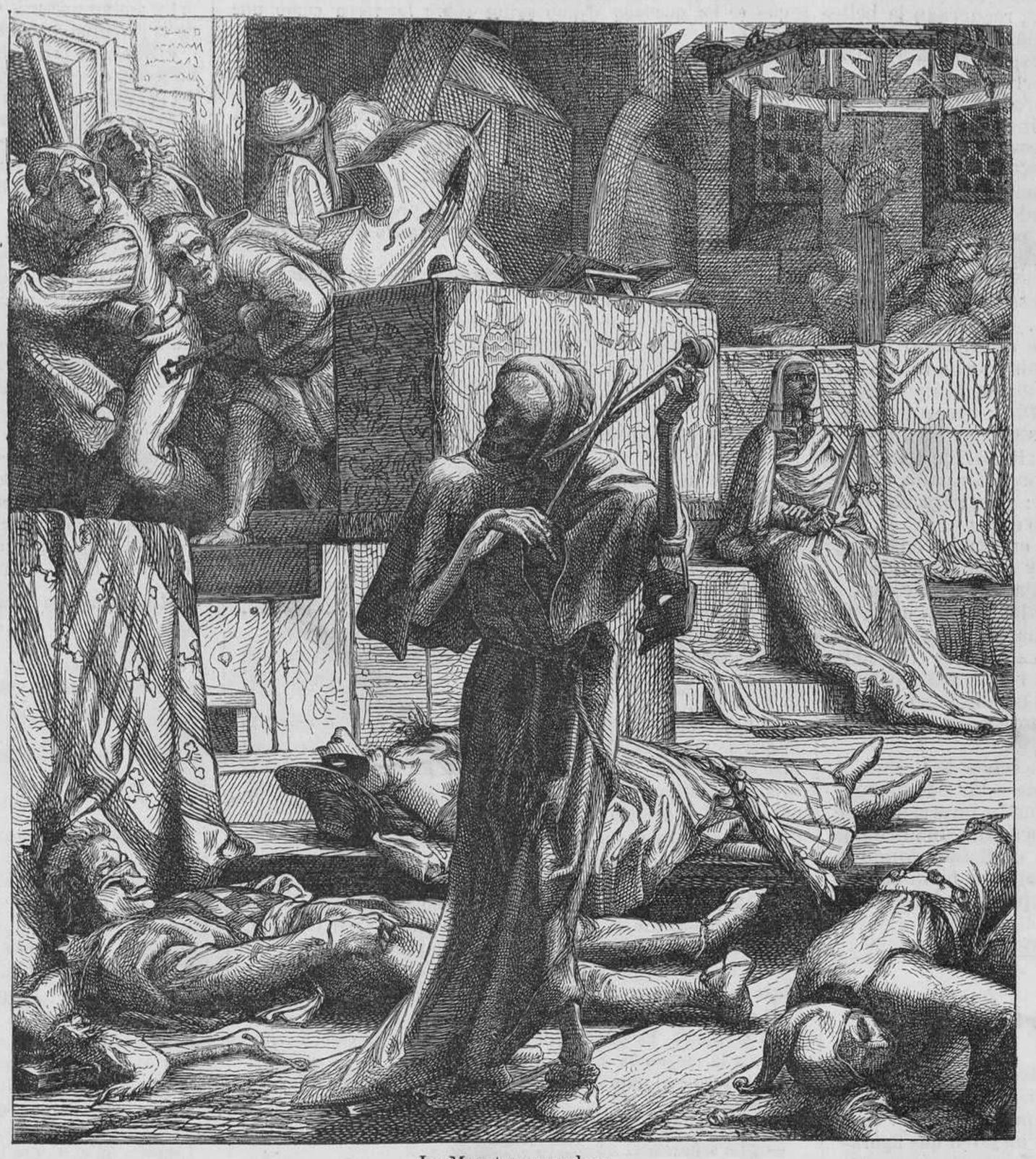
Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Dos composiciones de Alfredo Rethel.

Entre todas las escuelas de pintura, la escuela alemana ha sabido sacar un partido maravilloso de la idealogía y de la plástica reunidas, y de aquí el valor psicológico de sus obras y ese encanto soberano que tiene la verdad adornada, con sus mas sencillos atavíos. No es dudoso que si los procedimientos técnicos de la pintura se hallasen mas perfeccionados en Alemania, dejase de elevarse el arte á una grande altura bajo la influencia del idealismo bien comprendido. En su estado actual, la insuficiencia de aquellos procedimientos, le condena á cierta sencillez que no siempre está exenta de gracia, pero que se encuentra tan léjos de las sublimes bellezas de los grandes maestros, como dista una flor silvestre de una flor cultivada en los jardines.

Sin embargo, podriamos citar un crecido número de artistas alemanes que han logrado combinar satisfactoriamente la *idea viva* con una ejecucion perfecta. Por hoy nos limitarémos á mencionar al pintor Alfredo Rethel que, aunque ménos completo quizá que muchos otros idealistas, se distingue de todos ellos por cualidades originales y por un vigoroso talento. Alfredo Rethel nació en Aquissgran el 15 de mayo de 1816, y habiendo demostrado en su niñez mucha aficion al dibujo, fué enviado á la escuela de bellas artes de Dusseldorf, donde estudió bajo la direccion del célebre Schadow, que reconoció al instante su talento. Dotado de un espíritu grave y reflexivo, se inclinó hácia la pintura histórica, y aun en la edad en que la imaginacion predomina en perjuicio de la verdad, Rethel se apasionó de la realidad sin excluir por eso la poesía; la energía varonil de su talento, le preservó de las insípidas necedades de la escuela alemana moderna. Idealista y realista al mismo tiempo, elige siempre asuntos complexos, y de este modo, apénas habia salido de la escuela, concibió el proyecto de reproducir en una serie de cuadros de grandes dimensiones y de una composicion complicada, períodos enteros que interesaran bajo un punto de vista histórico ó científico. Esto solo puede dar una idea del atrevido idealismo del jóven Rethel. Por asunto de sus primeras obras eligió la *Introduccion del cristianismo en Alemania*, y se inspiró en la historia sin tomar nada de la pintura alegórica. Sin embargo, Rethel no ejecutó de este vasto proyecto mas que la predicacion del misionero inglés Windfried en los bosques germánicos, pues las demás composiciones que hizo relativas al mismo asunto se quedaron en bosquejo.

Rethel no tenia aun veinte años cuando salió de la escuela. Al mismo tiempo que su *Introduccion del cristianismo*, pintó algunos cuadros ligeros, que fueron olvidados en cuanto dió á luz su *Daniel entre los leones*, una de sus mejores obras en cuanto á ejecucion, y que figura en la galería del Instituto de Staedel, en Francfort. El *san Martin repartiendo su capa*, que pintó poco despues, no tuvo tan buen éxito, pero Rethel recobró pronto lo perdido con su pintura alegórica de *Némesis persiguiendo á un asesino*. Entre los cuadros que produjo casi al salir de la escuela, debemos mencionar *Gustavo Adolfo, hallado muerto despues de la batalla de Lutzen*, no muy notable por su ejecucion, pero sí por el vigor de su dibujo.



La Muerte vengadora.

Alentado Rethel con los elogios que obtenia del público y de la crítica, se consagró mas y mas al estudio de su arte. Sus aspiraciones le llevaban hácia la escuela de Munich donde cuenta ilustres discípulos el idealismo. Con el pretexto de los disentimientos políticos que estallaron por entónces entre los países del Este y los que se hallan situados mas acá del Rhin, salió de Dusseldorf, y se fué á Francfort, donde contaba aprovecharse de los consejos y de la influencia de Felipe Voit. Durante los primeros tiempos de su residencia en aquella ciudad, ejecutó un gran número de dibujos para los editores de Dusseldorf, y otras varias obras, entre las que se cuentan algunos frescos que representan episodios de la vida de Carlo-Magno.

Mucha fué la actividad que Rethel desplegó en aquella época. Despues de la *Reconciliacion del emperador Othon I con su hermano Enrique*, cuadro de poco mérito que pintó en Francfort, hizo para el salon imperial de esa ciudad muchos retratos de emperadores, entre los cuales citarémos el de Cárlos V, como una obra maestra. *San Pedro curando á un cojo*, que pintó al mismo tiempo, es un cuadro de un estilo seco que se separa del género del artista, así como varios dibujos que compuso para la *Historia universal* de Rostek.

Rethel pasó á Italia, de donde trajo algunas composiciones imitando el estilo antiguo; se perdió buscando un camino para su idealismo, lo que es deplorable en un hombre que reunia todas las cualidades de un grande artista. Desgraciadamente en estos últimos tiempos Rethel fué acometido de una enfermedad desesperada que le ha inhabilitado para su arte.

Ya hemos visto las buenas esperanzas que dió Rethel desde el primer dia, pero si nunca llegaron á realizarse tan completamente cual debian, es porque su pasion por las composiciones al lápiz, hizo que descuidara mucho sus pinceles. Como dibujante Rethel, merece toda clase de elogios; con el lápiz es siempre poderoso, inteligible, y su ejecucion es perfecta cuantas veces la afectacion del estilo severo no le conduce á la imitacion servil de las estampas antiguas.

Entre la multitud de dibujos en que respiran las mas preciosas cualidades como artista idealista, merecen una mencion particular *la Muerte vengadora* y *la Muerte benéfica*, dos grabados en madera que tuvieron en Alemania un éxito ruidoso.

En *la Muerte vengadora*, Rethel ha pintado la primera invasion del cólera en Paris en 1831, en medio de un baile de máscaras. La escena es terrible; imposible seria personificar mejor el Castigo que por medio de esa figura sombría, impasible como un juez que preside un tribunal; parece la implacable Justicia de los egipcios esculpida en el granito de Sílsilis. La accion de la muerte, y la expresion de

La Muerte benéfica.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

venganza satisfecha con que acompaña su horrible simulacro, justifica el miedo con que huyen los músicos y los enmascarados. Las víctimas que yacen á sus piés, en sus oropeles carnavalescos, recuerdan la belleza, la juventud y la fuerza, heridas en medio de una culpable profanacion de la vida; ¡espantosa moralidad! No hay un solo detalle en esta horrible representacion que no ayude poderosamente á producir el efecto general: el estupor ante un castigo inesperado.

El segundo dibujo materializa una idea consoladora bajo una forma brutal, y realiza esta sentencia filosófica; al hombre de juicio no le sorprende la Muerte. ¡Qué bien dispuesto está ese fondo, surcado por los resplandores de un sol en el ocaso, para recordar la tarde de un hermoso dia! ¡Qué arreglo, qué órden en torno de ese anciano!

En cuantas cosas le rodean se descubren los hábitos constantes de su vida; la religion, el estudio, la templanza y la sobriedad. ¡Con qué resignacion espera la muerte! Se abandona á ella lo mismo que un viajero muy cansado se abandona al sueño; su alma se halla preparada para volver al seno de Dios; ningun indicio de dolor y ni aun siquiera de tristeza se descubre en esa tranquila morada. Solo la Muerte parece tener algun sentimiento, y toca la fúnebre campana con la expresion de una lástima profunda; ¡tan rara vez presencia la agonía de hombres como ese!

Ya vemos como domina el ideal en las dos composiciones que acabamos de analizar, y cómo entiende Rethel la realizacion práctica de la idea. Nada hay contra la verdad, excepto el personaje de la Muerte, cuya figura debemos aceptar, pero aun cuando se suprimiera esta personificacion, no por eso se cambiaria el sentido de la pintura, no por eso dejaria de resultar del primer cuadro una leccion terrible sobre las consecuencias de la disipacion, y del segundo el ejemplo consolador de un fin virtuoso.

Hemos analizado las dos composiciones de Rethel, y acaso hemos hecho mal; el mérito de estas dos hermosas concepciones se halla ante todo en la impresion que producen; en cuanto al modo de ejecucion, añadirémos que son quizá las dos únicas obras de Rethel donde la ingenuidad de la idea no haya perdido nada con la sencillez de la forma en que está representada.

Revista de Paris.

—

Entre los espectadores que mas aplaudian noches pasadas en los Italianos á los inspirados acentos de madama Gassier en la Rosina del *Barbero de Sevilla*, se notaba un jóven que figuraba en un palco bajo al lado de una mujer preciosa y en toda la frescura y brillo de sus veinte primaveras. La jóven estaba radiante de gozo, y los suaves resplandores de la luna de miel coronaban su rubia cabeza como de una auréola luminosa.

Su compañero llevaba impresa en su frente la huella de una existencia de trabajo, y su sonrisa conservaba el reflejo de una tristeza que aparecia aun bajo el velo de una felicidad inesperada. Su historia es muy moderna, y aunque parece un capítulo novelesco, no tiene nada de novela.

Un fabricante muy rico (la escena pasa en una provincia á cincuenta leguas de Paris) vió entrar una mañana en su despacho á su cajero con un recibo cargado de números.

— Aquí ha venido, dijo el cajero, un empleado de la casa X... para cobrar el importe de varios suministros que ha hecho esa casa á nuestra fábrica.

— Pues pagarle... ¿trae un recibo?

— No, señor; me ha respondido sencillamente que se le ha perdido.

— ¡Ah! ¿y conoce Vd. á ese empleado?

— Creo haberle visto una ó dos veces... parece un buen muchacho, pero ya ve Vd. que sin recibo, y cuando se trata de una cantidad tan respetable...

— Dígale Vd. que entre.

El jóven llegó al despacho; tenia un aire distinguido, sus ojos eran vivos y penetrantes, y su fisonomía expresiva y franca. Sus vestidos estaban empapados de agua y se hallaban pegados á sus carnes.

— ¿De dónde sale Vd de ese modo? preguntó el industrial.

— Salgo del rio, caballero, respondió alegremente el jóven.

— ¿Y se puede saber lo que ha hecho Vd. en el rio?

— Salvar á un niño que se habia dejado caer en el agua corriendo detrás de su pelota. Ya puede Vd. conocer que no tuve tiempo para mas que para quitarme mi levita; los compañeros del picaruelo gritaban y corrian como locos.

— ¿Y le ha salvado Vd.?

— Sí por cierto, pero he perdido mi recibo que estaba en la levita; sin duda cuando la arrojé al suelo se caeria, y se le habrá llevado el aire.

— ¡Cómo! ¿viene Vd. á pié hasta mi fábrica? Pues sin embargo, de aquí á la ciudad hay que andar bastante...

— Un par de leguas... M. X... me dijo que tomara un carruaje á su cuenta, pero yo pensé que llegaria casi tan pronto á pié... es una economía.

— Mucho celo es ese.

— ¡Oh! no, señor, contestó el jóven sonrojándose un poco... la economía es para mí.

— Ya comprendo.

— ¿Qué quiere Vd.? cuando uno es pobre y tiene una hermana, es preciso pensar en todo.

El jóven pronunció estas palabras con sencillez, pero con un aire de dignidad que sorprendió muchísimo al fabricante.

— Pues, amigo mio, esa economía le costará á Vd. caro .. los vestidos que trae Vd. se acabaron ya, hay que comprar otros.

— Es una desgracia .. pero para eso he salvado á la criatura, que se ha quedado dando saltos sobre la yerba como una carpa.

Hubo un momento de silencio, durante el cual el fabricante examinó al jóven con una mirada que pareció decir: « Nunca he visto un hombre semejante. »

— Pues, señor mio, prosiguió el empleado riéndose, todo está muy bien, mas como yo no estoy seco todavía y tengo que volverme á casa de M. X...

— ¿A pié?

— Por supuesto, así me calentaré... es preciso que me lleve el dinero. ¿Tendrá Vd. la bondad de dármelo por un recibo que le firme?

El jóven tenia pintado en el rostro un aire de lealtad que habia seducido al fabricante.

— Seguramente, respondió este, voy á mandar que le entreguen á Vd. esa suma, y me hará Vd. un recibo. Aquí tiene Vd. papel, ya puede Vd. extenderle.

Hecho el recibo, el fabricante miró la firma, y leyó uno de los apellidos mas aristocráticos de aquellos contornos.

— ¿Este es su apellido de Vd.? exclamó el industrial.

— Sí, señor.

— ¿Y está Vd. empleado en casa de M. X ..?

— Algo se ha de hacer cuando uno quiere ganarse el pan honradamente.

— ¿Pero no tiene Vd. fortuna, ni familia, ni amigos?

— La fortuna se me eclipsó hace mucho tiempo; en cuanto á familia se ha quedado reducida á mi hermana, ella y yo somos los únicos de este apellido, y por lo que toca á los amigos, es seguro que si los tuviera jamás les pediria un ochavo.

— Dispénseme Vd. esta observacion, pero me parece que son incompatibles su apellido de Vd. con la profesion que ha elegido...

— Lo sé. . por eso no he elegido nada, sino que he aceptado lo que se presentó. Estaba dispuesto á sentar plaza para ganar una charretera ó morir, cuando perdí á mi padre; ¿cómo habria podido dejar aislada á mi hermana á los veinte años? Me ofrecieron un empleo en la casa X..., y he aquí como el heredero de un nombre que figura con brillo en las cruzadas se ha vuelto mozo de una casa de comercio.

El fabricante dió un apreton de manos al jóven, y le dijo:

— Mañana reuno aquí á varios amigos para celebrar el vigésimo aniversario de mi boda; si Vd. quiere venir tambien, tendré un gusto especial en ello: ¿me lo promete Vd?

— A un convite tan amable no me es posible decir que no... Hasta mañana pues, caballero.

Al otro dia el industrial presentó el jóven empleado á su familia y amigos. Es de advertir que el mozo de la casa X... tenia toda la elegancia de un diplomático.

En la noche el fabricante tomó aparte á su nuevo conocido y le preguntó:

— ¿Qué le parece á Vd. mi hija?

— ¿La señorita C...?

— Claro está, la otra es una niña que se entretiene todavía con sus muñecas.

— Me parece una jóven tan amable como hermosa; ¿no es esa su opinion de Vd.?

— Seguramente, pero yo soy su padre.

— Pues yo me alegraria ser su amigo, si Vd. lo permite.

— Ese permiso hay que pedírselo á ella, y si lo obtiene Vd., puede ser que llegue Vd. á ser mas que un amigo.

El jóven se dió tan buena maña, que en efecto alcanzó algo mas que la amistad de la señorita C..., y por ese motivo estaba la otra noche con su señora en la representacion del *Barbero de Sevilla*.

Un escritor francés, M. L.-J. Larcher, ha tenido la feliz ocurrencia de reunir en un grueso volúmen la mayor parte de los juicios que han hecho de la mujer los grandes escritores. A decir verdad, M. Larcher no ha publicado un libro, sino una biblioteca entera enriquecida en algunas páginas con bonitos grabados ingleses. Y sin embargo, esa vasta coleccion de opiniones tan diversas emitidas en todos tiempos y en los puntos mas distantes del universo por los poetas y los legisladores, los teólogos y los novelistas, los filósofos y las mujeres sobre el asunto mas interesante é inagotable que haya ocupado jamás el pensamiento humano, esa coleccion, decimos, se halla muy léjos de estar completa; el autor convendria con nosotros en este punto, aunque las quinientas y tantas páginas de su volúmen dan claro testimonio de la verdad de sus investigaciones y de la abundancia de sus documentos.

Tarea hermosa y difícil era á la vez el reunir y clasificar la mayor parte de lo que se ha escrito sobre las mujeres desde el principio del mundo, y no porque falten los materiales, sino porque se necesita por el contrario un gran discernimiento y una delicadeza á toda prueba para elegir entre esos millones de páginas donde hormiguean las contradicciones mas chocantes firmadas á veces por el mismo autor, pues no hay para que advertir que la mujer es el asunto en que mas permitido está á los escritores el cambiar á menudo su opinion en el curso de su vida literaria, y Dios sabe si los escritores han abusado del permiso.

Pero ¿qué cosa mas natural en efecto? Al entrar en la vida, el hombre se halla dispuesto necesariamente á juzgar de todas las mujeres por la primera que encuentra, y se dice y escribe: ¡Así es la mujer! parecido á los viajeros que distinguiendo á una mujer morena á la entrada de una aldea, escriben en su librito de memorias: « En este país todas las mujeres son morenas. »

Mas adelante se cambia el punto de vista, la manera de ver y de juzgar se modifica segun las impresiones buenas ó malas, pero durante mucho tiempo queda el hombre dispuesto todavía á deducir del carácter y acciones de una sola mujer las acciones y el carácter de todas ellas, y solo despues de una larga, y á veces muy dolorosa experiencia, se logra conquistar ese eclectismo de los años á cuyo beneficio se saben distinguir los caractéres generales de los rasgos particulares de cada individuo, y se viene á reconocer en último resultado que quizás en esa unidad llamada la *mujer* es donde Dios ha querido sembrar los rasgos mas numerosos de la diversidad infinita.

Un amigo nuestro, embriagado con el perfume de las flores de la juventud, habia escrito esta máxima:

« Nunca se podrá decir de las mujeres todo el bien que se merecen. »

¡Pensamiento de un hombre muy dichoso!

Algunos años despues, el mismo pensador se quejaba de las mujeres; furioso, borró una palabra de su axioma, y la reemplazó de esta manera:

« Nunca se podrá decir de las mujeres todo el mal que se merecen. »

¡Pensamiento de un hombre desgraciado!

Andando mas el tiempo, el corazon de nuestro amigo sufrió todas las vicisitudes por que pasan la mayor parte de los hombres, y volvió á enmendar su frase, que quedó definitivamente del modo siguiente:

« Nunca se podrá decir de las mujeres todo el bien y el mal que se merecen. »

Esta vez tenemos ya bien manifestado el pensamiento de un hombre que ha visto y observado el mundo.

Con poca diferencia no es otra la historia de las opiniones humanas sobre el bello sexo.

M. Larcher es mucho ménos ecléctico que nuestro pensador, pues aunque no proscribe sistemáticamente los juicios desfavorables á las mujeres, se muestra muy inclinado á defenderlas. No condenamos este modo de ver, muy al contrario, hemos leido en su libro con mucho gusto pensamientos como estos:

« La mujer es la obra maestra de la creacion. »

(LESSING.)

« La mujer es el sér mas perfecto entre las criaturas; es una creacion transitoria entre el ángel y el hombre. »

(DE BALZAC.)

« Dios tambien ha hecho obras; su prosa es el hombre; su poesía la mujer. »

(NAPOLEON.)

Sin embargo, aunque no fuera mas que en interés de la armonía que nace de los contrastes, habriamos deseado hallar en el mismo libro alguna de esas salidas epigramáticas que han tenido los autores de todos tiempos, como aquel famoso dístico del poeta latino que dice así en castellano:

« ¿Qué es mas ligero que la pluma? el polvo; ¿y qué es mas ligero que el polvo? el viento; ¿y qué es mas ligero que el viento? la mujer; ¿y qué es mas ligero que la mujer? nada. »

Es muy de alabar en M. Larcher la claridad del órden que ha adoptado para la clasificacion de sus materias. Los capítulos se suceden lógicamente y de un modo satisfactorio, desde la etimología y la traduccion de la palabra mujer en todos los pueblos, hasta los consejos relativos á las mujeres que forman, digámoslo así, la conclusion moral de la obra.

Citando únicamente los títulos de algunos capítulos podria formarse una idea el lector de la extension y la importancia de las materias tratadas par M. Larcher con la colaboracion de los principales autores que han pensado y escrito sobre la mujer; entre estos capítulos citarémos, pues, los de la definicion física y la definicion moral de la mujer; los de la belleza, la fealdad, el amor, el pudor, la coquetería, la constancia, los celos, la hipocresía, el capricho, la galantería, la educacion, el matrimonio, etc., y sobre todo, el que tiene por título: mosáico, y que contiene mas de mil pensamientos, axiomas, disertaciones y paradojas sobre las mujeres.

No obstante existe un vacío que el autor podrá llenar fácilmente á la próxima edicion de su obra; no le será difícil, en efecto, el encontrar opiniones y sentencias sobre las diferencias características que distinguen á las mujeres de todos los países; las francesas y las inglesas, verbigracia, tienen poco que ver entre sí, y mucho ménos con las americanas ó las españolas; el trabajo seria mas complicado, pero abundan los materiales especiales para cada país, y á su beneficio M. Larcher podria dar á luz una obra completa en su género.

MARIANO URRABIETA.

Los suministros y el equipo del ejército francés en Oriente.

El *Monitor* francés, despues de manifestar previamente que la situacion del *ejército de Oriente* llama con sobrada razon la atencion pública, y que personas mal informadas habian emitido y hecho circular rumores de faltas de la administracion militar en procurarse el acopio de provisiones mas indispensables á tan gran número de fuerzas, presenta un cuadro detallado relativo á las existencias en víveres, prendas de vestuario, y al modo y manera con que se verifican los suministros. De tan interesantísimo documento se deja colegir que el ejército francés en Oriente cuenta en la actualidad 70,000 hombres; desprendiéndose asimismo de su contesto y datos, que las existencias hasta el dia están calculadas ya para atender al abastecimiento de una parte de ejército que emprendiese alguna campaña de invierno. He aquí los pormenores relativos al suministro de las tropas. La racion ordinaria de carne del soldado francés, de 250 gramas (1) ha sido aumentada hasta 350; la de pan, ántes de 750 á 1,000; y la de arroz, de 30 á 60 gramas. Además recibe el soldado diariamente una buena racion de café y azúcar, reemplazándolo á veces una racion de vino. Estos suministros han

(1) Grama, unidad de peso equivalente á unos veinte granos del antiguo marco castellano.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

sido expendidos desde el primer dia, sin la mas mínima interrupcion ó irregularidad. El 20 de agosto habia subido el número de raciones de harina, á 7,670,000, las de galleta á 4,870,000: total 12,500,000 raciones de pan; despues vienen 27,740,000 raciones de arroz, 5,200,000 de carne, 520,000 de carne salada, 2,140,000 de tocino (á fines de agosto otros 2,800,000 raciones de carne), es decir, en un todo 10,660,000 raciones de carne, y finalmente, 2,110,000 raciones de vino, 946,000 de aguardiente y 6,730,000 de café y azúcar (á fines de agosto otros 4,584,000 raciones): total 13,370,000 raciones de vino, aguardiente, café y azúcar, suministradas en el punto y lugar correspondiente. Hasta fines de agosto ascendió el consumo de raciones próximamente á 8 millones y medio, subiendo las existencias al espirar dicho mes á 4,000,000 de raciones de pan, 19,000,000 de arroz, 2,160,000 de carne y 4,870,000 raciones de los enunciados líquidos; de modo que recibiendo cada individuo una racion bajo el tipo que dejamos consignado, habrá suficiente acopio para proveer al ejército por un mes con carne, dos con pan y líquidos, y nueve con arroz. Dos terceras partes de las raciones de carne eran sin salar; y esta proporcion será tambien en adelante la misma, aun cuando este suministro halla grandes dificultades con la escasez de ganado vacuno en Turquía, y con la circunstancia fatal, que la de carnero desarrolla casi siempre diarrea, si el soldado la come con alguna frecuencia. El pan se cuece en 24 hornos de campaña (1).

En cuanto á prendas de uniforme, equipo y utensilios para campamentos, se hallan las tropas perfectamente provistas y pertrechadas, habiendo contribuido no poco al acierto de la respectiva eleccion de todo el material, las experiencias adquiridas en las campañas hechas por el ejército francés en Africa. Además de las prendas ordinarias de vestuario, háse dotado al ejército de Oriente con 137,000 fajas de franela; 70,000 capotones con capucha, 70,000 pares de guantes de lana, 70,000 pares de botines de piel de carnero, 70,000 viaschas (una especie de tapa-bocas y abrigo de cuello), 15,000 sobre-todos de pieles de carnero para el uso de las centinelas, y en puestos avanzados durante la estacion mas rigurosa, 28,000 camisas de algodon, 29,000 pares de zapatos, 24,000 botines de cuero, 25,000 de lienzo, 21,000 pares de botas, 6,500 botitos y 21,000 calzoncillos: asimismo cuenta con el material necesario para el establecimiento de hospitales de sangre y lazaretos, con 160,000 pequeñas tiendas de campaña y 8,200 de dimensiones mayores, 215,000 mantas, 40,600 cantimploras grandes y 150,000 mas pequeñas, 43,000 cacerolas y 43,000 marmitas ú ollas, un gran surtido de útiles de campamento, como hachas, palas, picos, sierras, sogas, guadañas y hoces, 13,500 morrales, 14,000 maromas, 1,650 sillas ligeras y completas para caballería, 576,000 herraduras y 4,000,000 de clavos.

Por último, ha remitido la administracion militar además todo el material necesario para el equipo de una legion extranjera de 2,000 infantes y 1,000 ginetes. Los hospitales están organizados y dispuestos para recibir 8,250 enfermos, 12 hospitales móviles con 500 camas cada uno, otro de depósito con 1,000, otro de reserva con 750, y el del Pireo tiene tambien 500. En vendajes hay 180,000, en frutas de conserva 620,000 raciones con destino para los enfermos; las 15 boticas que existen pueden proveer á todos los hospitales con medicinas durante tres meses, y recibir repuestos para otro medio año de la botica central establecida en Constantinopla.

En vista de estos detalles, concluye diciendo el *Monitor*, se ve bien probablemente que las tropas francesas en el teatro de la guerra de Oriente han sido constante y abundantemente provistas con cuanto ha sido menester, y que tambien los depósitos de reserva cuentan con existencias respetables. ¿Quién podrá dudar ni remotamente que de hoy mas no continúe la administracion con el mismo loable empeño un servicio de tan extraordinaria importancia, cuyo encarecimiento excede á cuanto pudiera decirse?

El castillo de Cabra.

(1340.)

I.

Apénas doraba el sol con sus últimos rayos las pardas almenas del castillo de Cabra, cuando D. Juan Ponce, su propietario, salió de la habitacion en que acostumbraba á estar, y se dirigió pensativo á la torre de Oeste. Ya iba á meter la llave en la cerradura de una de sus puertas, cuando un hombre en traje de camino y lleno de polvo se acercó á él apresuradamente.

— ¿Viste al gran maestre de Alcántara? preguntó Ponce.

— Sí, señor. Díjome que dentro de dos horas debiais ir á ver á quien vos sabeis, y que esta noche fuese yo á su castillo para acompañarle hasta aquí; quiere hablaros en secreto.

— Está bien, Rui Perez: retírate.

Entró en seguida el caballero en la torre. Sentada en un sitial estaba una hermosa jóven pobremente vestida: su aire es sombrío, su mirar tétrico, y el disgusto y la languidez se ven pintados en su rostro; algunas lágrimas que se deslizan por sus mejillas van á deshacerse en su agitado pecho. Al entrar el de Ponce en la habitacion, se levanta la jóven llena de terror.

— ¡Cielos!... ¿sois vos?

— El mismo, Elisa: sosegaos... sabeis cuán puro es mi amor; dadme alguna esperanza...

— Jamás: ya os he dicho que no puedo amaros; vuestra audacia me irrita, vuestra presencia me es odiosa.

— ¡Insensata!... me desprecias.

— No os desprecio; pero no os amo.

En vano pretende el caballero oir una palabra de esperanza: sus súplicas, sus amenazas, nada puede hacer variar de resolucion á la hermosa jóven. Oyese entónces un reloj, y el propietario del castillo de Cabra sale de la habitacion diciendo: «Malditos sean el rey de Marruecos y el maestre de Alcántara.»

II.

Es de noche; negras y agrupadas nubes impiden ver el astro nocturno... no se oye el mas pequeño ruido, excepto el grito del funeral mochuelo. Elisa, asomada á la ventana de la torre, recorre con ojos impacientes la oscuridad que la rodea.

— Nada se oye... ¡Ah!... acaso se hayan frustrado sus planes; en el papel que atado á una piedra me arrojó, decia que esta noche tuviese abierta la ventana, que él conseguiria escalar mi prision... sin embargo, tarda mucho... Me parece que oigo pasos en el foso... ¡sí, él es!... ¡Oh dicha!... ya ha doblado la escarpa... ya va trepando por las piedras con la espada en la boca... el estado ruinoso de esta parte de la muralla le favorece... ¡Fernando!...

— Elisa mia, dijo el jóven saltando por la ventana; ¡al fin te vuelvo á ver!

— Sí; ¡pero en qué estado!... sola, triste, desesperada; despues de aquella noche fatal en que hospedamos á nuestra casa á D. Juan Ponce y á sus criados, perdidos en el bosque de vuelta de caza; despues de aquella funesta noche en que el monstruo pagó con el rapto la hospitalidad que le dimos, no he tenido un momento de tranquilidad; mis lágrimas han corrido por mis mejillas pálidas y marchitas... tu memoria me desgarraba el corazon... ¡porqué, Fernando, te amo tanto!... ¡Oh, sin tí no puedo vivir!

— Tú me eres tan precisa como el aliento que respiro... Elisa adorada, manantial de delicias y placeres!... ¿Qué no haria yo por librarte de tu opresor?... Pensé exponer mi queja al justiciero rey Alfonso... seguramente no dejaria impune tal crímen; pero me he contenido al pensar que Ponce lo sabria y te trasladaria á otro sitio mas seguro á donde acaso no podria verte... Pero voy á leer estos papeles... he tenido un encuentro...

¡Dios mio!... no habia observado que tu mano está ensangrentada... ¿Qué te ha sucedido?... habla.

— Cuando llegaba cerca del castillo, divisé dos hombres que caminaban despacio hablando en secreto: me acerqué á un árbol que estaba próximo á ellos, y no pude entender sobre qué versaba su conversacion... uno de ellos me vió, y advirtiéndoselo á su compañero, ambos sacaron las espadas y cayeron sobre mí con el mayor furor... La lucha era desigual; pero tu memoria me dió valor y fuerzas, y á pocos golpes cayó uno á mis piés y el otro huyó por la espesura. Entónces me llego al que mordia el polvo; pero la oscuridad me impide conocerle... le registro, y encuentro estos papeles... En el calor de la pelea no eché de ver que la punta de una espada habia arañado ligeramente mi mano; pero sí entendí claramente que el uno gritaba: «Es preciso que muera, Rui; ha oido la conversacion y estamos perdidos..... Díselo á tu amo si sales con vida.»

— ¡Santo Dios!... ¿Qué hubiera sido de mí si cayeras á los golpes de tus asesinos?

El jóven se puso á leer los papeles á la luz de una lámpara que pendia del techo, y Elisa seguia con la vista sus movimientos.

— ¡Qué hallazgo!... exclamó Fernando.

— ¿Qué es eso?... ¡estás trémulo!... ¡Oh!... no sé qué pensar.

— Elisa, dame tus brazos... ahora mismo voy... sí, no debo perder momento...

Diciendo esto, ya estaba sobre la ventana el animoso jóven.

— ¡Pero Fernando!...

— ¡Adios, alma mia! ¡aun podemos ser felices si el cielo me protege!...

III.

— ¿Eso es exacto?

— No lo dudeis; los papeles os convencerán mejor que mis palabras... él os ha usurpado vuestro castillo de Cabra, y á mí me ha robado la prenda que mas quiero: ambos podemos quedar vengados. En esta ocasion no puedo contar con el valimiento del gran maestre de Alcántara.

— ¡Oh!... en sabiendo Alfonso la inteligencia que tienen con los moros el maestre de Alcántara y D. Juan Ponce, castigará la traicion, vos recobraréis vuestra amada, y yo mi feudo.

— El que os desgraciaba con el rey, que era el maestre, ya no puede hacer daño; estos papeles firmados de su puño son su causa y su sentencia.

— Voy á hablar á Alfonso; no salgais de aquí hasta que vuelva: adios, Fernando.

— Guarde el cielo al gran maestre de Calatrava.

IV.

— ¿Con qué un solo hombre os hizo huir?

— Aquel no era hombre; era un demonio: yo quedé tendido en tierra atontado de un golpe que me descargó en la cabeza, felizmente de plano; á no ser así, estoy á estas horas con mis abuelos. Entónces debió quitarme los papeles.

— ¡Estamos perdidos, maestre!

— Lo sé, Ponce. ¿Y qué hacemos?... ¿Pasarnos al moro?...

Si podemos, es nuestro único recurso. Lo que siento, pesia mi alma, es que por acudir á vuestra cita no pude sacar partido de una jóven que tengo encerrada aquí, y que ya se iba dando á partido .. queria nada ménos que atravesarme el corazon con mi daga.

En esta conversacion oyeron ruido de caballos en el patio del castillo: apeáronse multitud de ginetes, á cuyo frente venian el gran maestre de Calatrava y Fernando. Al entrar la comparsa en el salon, exclamó Ponce:

— Maestre, ¿qué es esto?... ¿Qué venís á hacer aquí?...

— Tomar en nombre del rey Alfonso posesion de este mi castillo.

— ¡Será posible!

— Y yo, interrumpió Fernando, á rescatar una jóven que pretendiais seducir.

— ¡Maldicion!... gritó el de Alcántara.

— ¡A las armas! dijo el de Ponce.

— Es inútil toda resistencia: he aquí la órden firmada de Alfonso... nadie se mueva si no quiere morir. Vos, maestre de Alcántara, dadme vuestra espada; quedais preso. Seguidme.

Dos dias despues fueron degollados públicamente el gran maestre de Alcántara y D. Juan Ponce por traidores al rey.

Dos dias despues el rey Alfonso hizo escudero suyo á Fernando, que recibió ante el altar la mano de la bella Elisa.

Viaje al interior de la costa de Africa.

(Artículo segundo.)

CONFERENCIA CON LOS JEFES LADRONES DE AMANU; — ENCALLE SOBRE LOS BANCOS DE ROCAS DE ABIGAN.

... Desde hace largo tiempo exploraba ya en todos sentidos los diversos afluentes del Gran-Bassam, pero me faltaba ver el mas importante de todos por las maravillas que me contaban de su comercio de aceite de palma, y era el rio de Ebrié que llamaban grande y hermoso, y que no es mas que un vasto lago que se separa de Abra en Gran-Bassam y corre casi paralelamente á la costa por un espacio de 25 á 30 leguas. Hasta el dia el comercio de aceite de palma de los bosques próximos al rio se hallaba monopolizado por los ingleses, y era preciso atraer ese comercio hácia el interior en nuestro provecho; desgraciadamente teniamos á la embocadura del lago las tribus turbulentas de Amanu que solo se ocupan de guerra y de saqueo. Tratábase, pues, de establecer nuestro prestigio en esos parajes, de explorar el lago y de concluir tratados de alianza con los jefes de las tribus mas poderosas.

Salí pues para el lago Ebrié acompañado de la goleta el *Marigot*, que transportaba nuestros tratantes y cierta cantidad de barriles vacíos para el cambio de aceite de palma que pensabamos intentar. Una tarde fondeamos delante de la aldea de *Anné*, dependiente de la tribu de Amanu, y allí delante de toda la poblacion que no parecia mirar con tranquilidad nuestra visita, hice mis preparativos de ataque y de combate, pues es de advertir que hacia algun tiempo me habia presentado allí mismo pacíficamente, y los naturales que, aparentaron someterse á nuestra vista, se burlaron despues de todo lo que habiamos tratado.

Los salvajes se prepararon tambien; las hogueras de leña resinosa que tienen la costumbre de encender todas las noches delante de sus habitaciones, no fueron encendidas aquella vez, pero las distinguimos mas léjos en medio de los bosques, y aun pudimos ver la negra silueta de los salvajes y los cañones de sus largos fusiles que brillaban con los reflejos de las llamas.

Al otro dia envié mis bámbaras intérpretes á la aldea para declarar á los jefes que si á las doce no me mandaban á bordo la contribucion de guerra convenida, atacaria y destruiria *Anné* y *Amanu*, y que además exigia que vinieran inmediatamente los jefes de aquellas dos tribus para que me explicaran la tardanza en el pago de lo que debian.

Poco tiempo despues notamos en tierra la mayor agitacion; las mujeres huian de la aldea á los bosques con los muebles de sus casas, los hombres abrian zanjas que resguardaban con ramas y montones de tierra, y por todas partes se hacian distribuciones de pólvora y proyectiles.

Deseando yo mostrarles lo poco que valian aquellos preparativos, mandé tirar una granada sobre una choza

(1) Los franceses tienen una nueva especie de hornos de campaña, que son enteramente de hierro, con paredes dobles de chapa fuerte, para llenar el intermedio de las dos con tierra. Este método es mucho mejor que el que en esta parte siguen otros ejércitos, pues un horno en que caben 180 panes, requiere además de 27 quintales de hierro todavía 1,200 ladrillos, y para su construccion 6 albañiles, 6 peones y cuando ménos seis horas de tiempo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

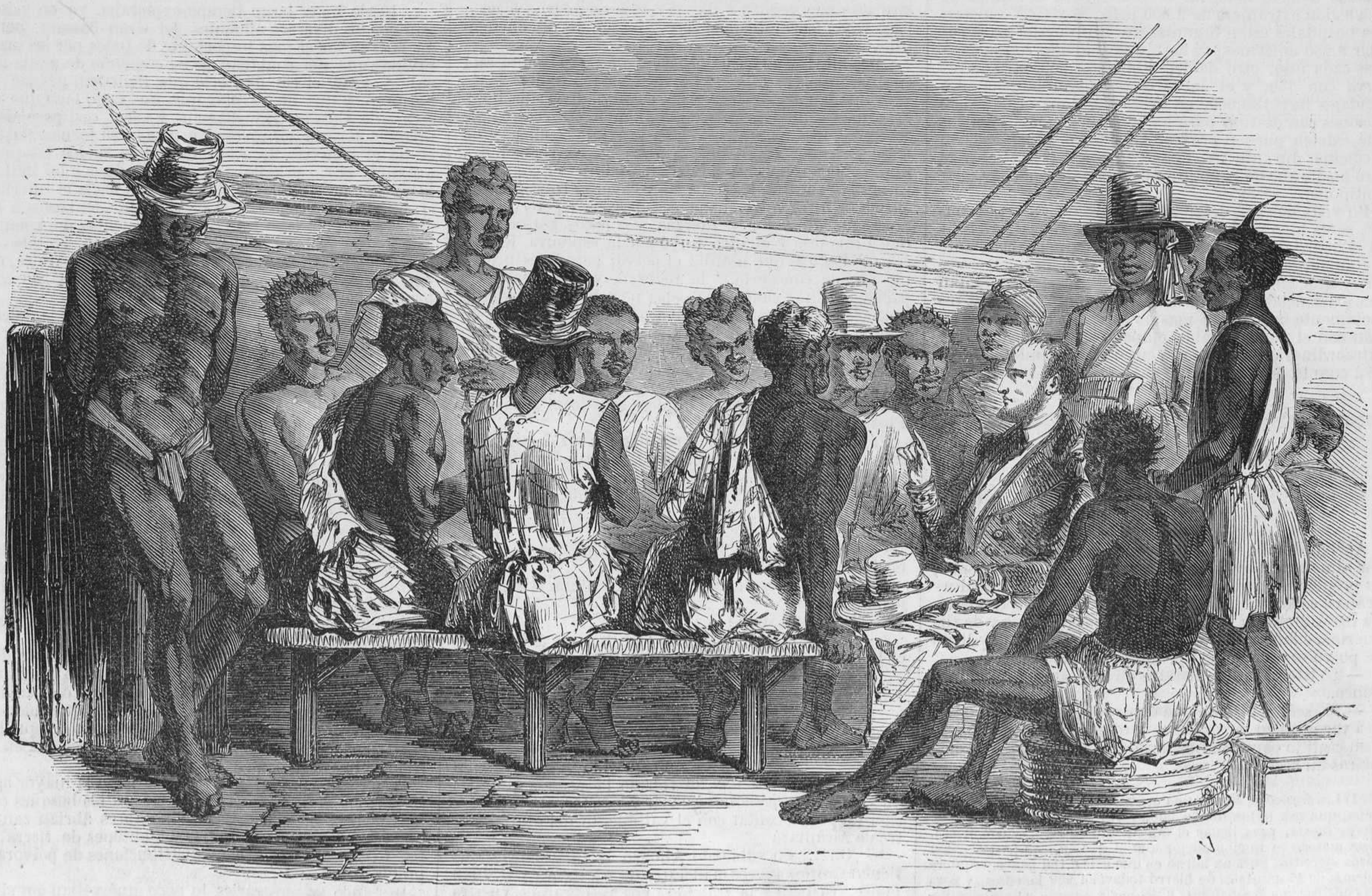
Aldea de Abata en las orillas del lago de Ebrié.

aislada; el proyectil atravesó la pared de tierra y paja, estalló dentro, echó abajo una parte de la choza y la prendió fuego; al cabo de algunos minutos una porcion de salvajes estaban examinando las ruinas de la choza, y desaparecieron como habian llegado, sin que los vieramos.

Dos horas pasaron así, y cuando ya pensaba que era preciso recurrir á la fuerza, me anunciaron que una piragua se dirigia al *Serpent*, con pabellon parlamentario, y que en ella venian mis bámbaras y varios jefes de la tribu. En efecto, pocos instantes despues mis bámbaras estaban á bordo con el jefe de Anné, llamado Dan, un negro anciano tan astuto como feroz, y con el jefe de Amanu llamado Mussua, enemigo encarnizado de los blancos, acompañados de sus *boys* ó esclavos.

Principié por desarmar á estos, lo que intimidó un poco á los dos jefes que sin embargo vinieron conmigo á popa, donde comenzó la conferencia. Yo les dije francamente lo que les esperaba si no se sometian de buena fe á nuestros convenios. El viejo Dan comprendió al instante que podiamos arruinarlo todo, casas, plantíos y pesquerías, y se deshizo en mil protestas de buena voluntad y de adhesion absoluta; pero por otra parte me desagradaba la actitud desdeñosa y altanera del jóven jefe de Amanu, y en su consecuencia mandé que le dijeran que se quedaria conmigo en rehenes hasta que se pagara la contribucion de guerra.

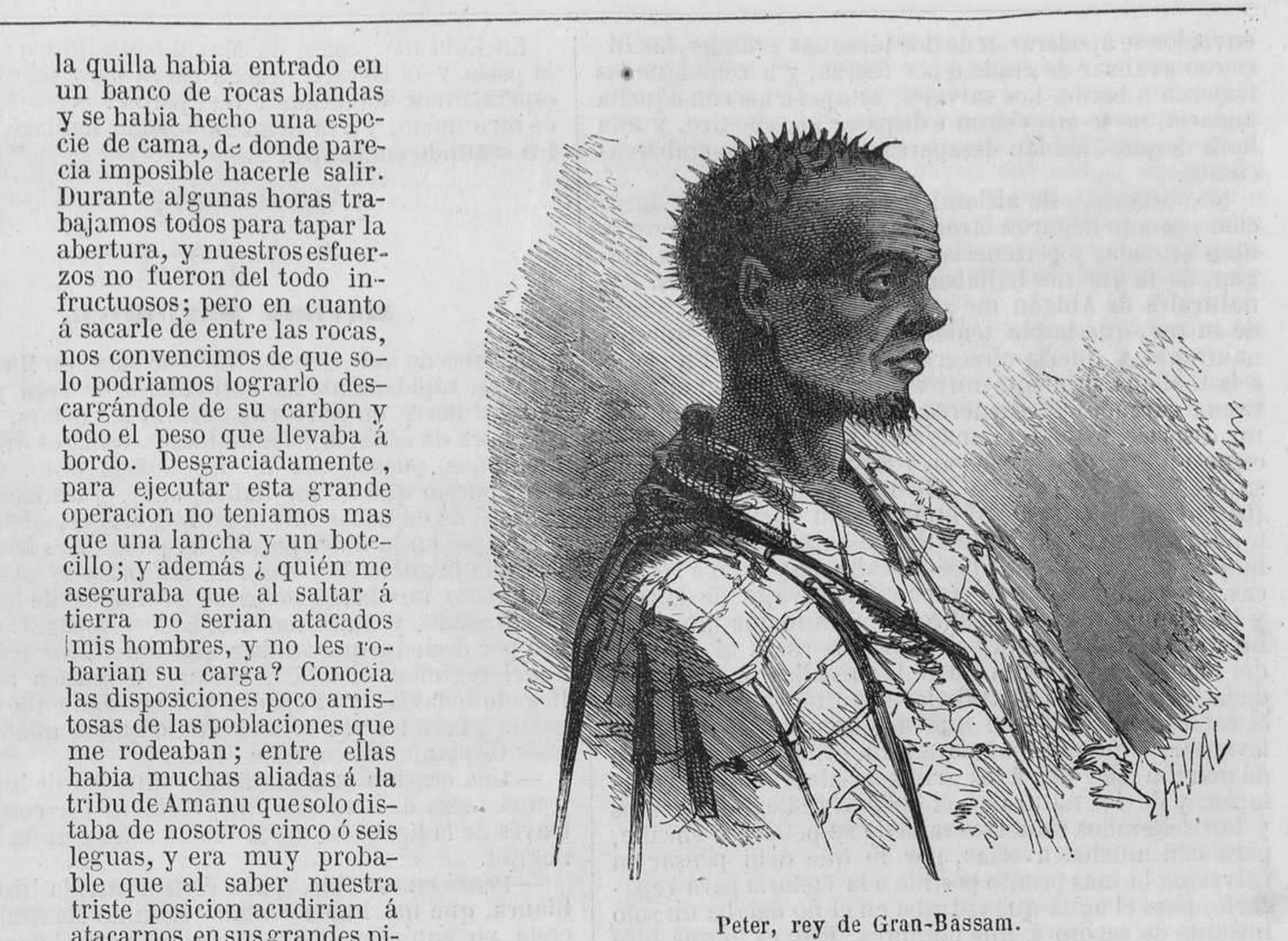
Una hora despues recibia á bordo una gran parte de esta contribucion, prometiéndome el resto á mi vuelta. Me fuí pues al otro dia ánimo de fondear en frente de la hermosa aldea de Abata que solo conocia de oidas y donde principiaba el cambio del aceite de palma. En cuanto llegamos nos vimos rodeados de una multitud de canoas cargadas de *krus*, ó grandes calabazas de aceite de palma. Allí dejé el *Marigot* con los tratantes, y despues de haber tomado á bordo al jefe de Abata que él mismo quiso servirme de piloto para subir el lago, salí á eso de las tres de la tarde. Al marchar de Abata se habia declarado una horrorosa tempestad; á cada momento caian rayos en nuestro derredor, y una lluvia fuerte nos inundaba. En Europa no hay idea de lo que son estas borrascas bajo el cielo tórrido del



Conferencia á bordo del *Serpent* con los jefes ladrones de Amanu.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

El jóven jefe de la aldea de Amanu.



Peter, rey de Gran-Bassam.

ecuador... ¡Ay del europeo enfermo que tiene que sufrir la influencia de ese clima anormal! Cuando ocurre ese terrible fenómeno, el mal recobra una nueva energía, y así sentimos nosotros todos un abatimiento extraordinario que aumentaba mas aun nuestra debilidad. El jefe de Abata que nos servia de piloto lo dirigia todo firme en su puesto á pesar de que estaba casi desnudo; yo, agobiado por la calentura y por la pesadez de la atmósfera, apénas podia vigilar la marcha del buque y á los sondeadores que iban á los dos bordes.

El jefe de Abata se vino á mí con un bámbara intérprete y me pidió una botella de ron; pasabamos en aquel momento ante un ídolo colosal muy afamado en el país, que se hallaba á la orilla del bosque, y queria ofrecerle una libacion. En efecto, se colocó á popa, y allí volviéndose hácia el ídolo, principió á verter el contenido de la botella en el rio dando gritos y gesticulando como un poseido del demonio. En seguida se volvió á su puesto de observacion, pero en cuanto llegó se puso á dar gritos furiosos, corrió á popa, se arrojó al timon... pero era tarde... el buque dió una sacudida, luego otra, y se detuvo... Casi en el mismo momento los maquinistas salieron de la máquina gritando: «¡comandante! estamos perdidos.... ¡el buque está abierto y hace agua!»

En aquel instante supremo ya no sentí dolores ni flaqueza, y eché á correr á la máquina para ponerla en movimiento... trabajo inútil... el buque no se movió; la quilla habia entrado en un banco de rocas blandas y se habia hecho una especie de cama, de donde parecia imposible hacerle salir. Durante algunas horas trabajamos todos para tapar la abertura, y nuestros esfuerzos no fueron del todo infructuosos; pero en cuanto á sacarle de entre las rocas, nos convencimos de que solo podriamos lograrlo descargándole de su carbon y todo el peso que llevaba á bordo. Desgraciadamente, para ejecutar esta grande operacion no teniamos mas que una lancha y un botecillo; y además ¿quién me aseguraba que al saltar á tierra no serian atacados mis hombres, y no les robarian su carga? Conocia las disposiciones poco amistosas de las poblaciones que me rodeaban; entre ellas habia muchas aliadas á la tribu de Amanu que solo distaba de nosotros cinco ó seis leguas, y era muy probable que al saber nuestra triste posicion acudirian á atacarnos en sus grandes piraguas donde caben hasta *sesenta* guerreros. En este caso, la muerte para nosotros era cierta, y solo nos quedaba el recurso de hacer saltar el buque cuando ellos nos llevaran la ventaja.

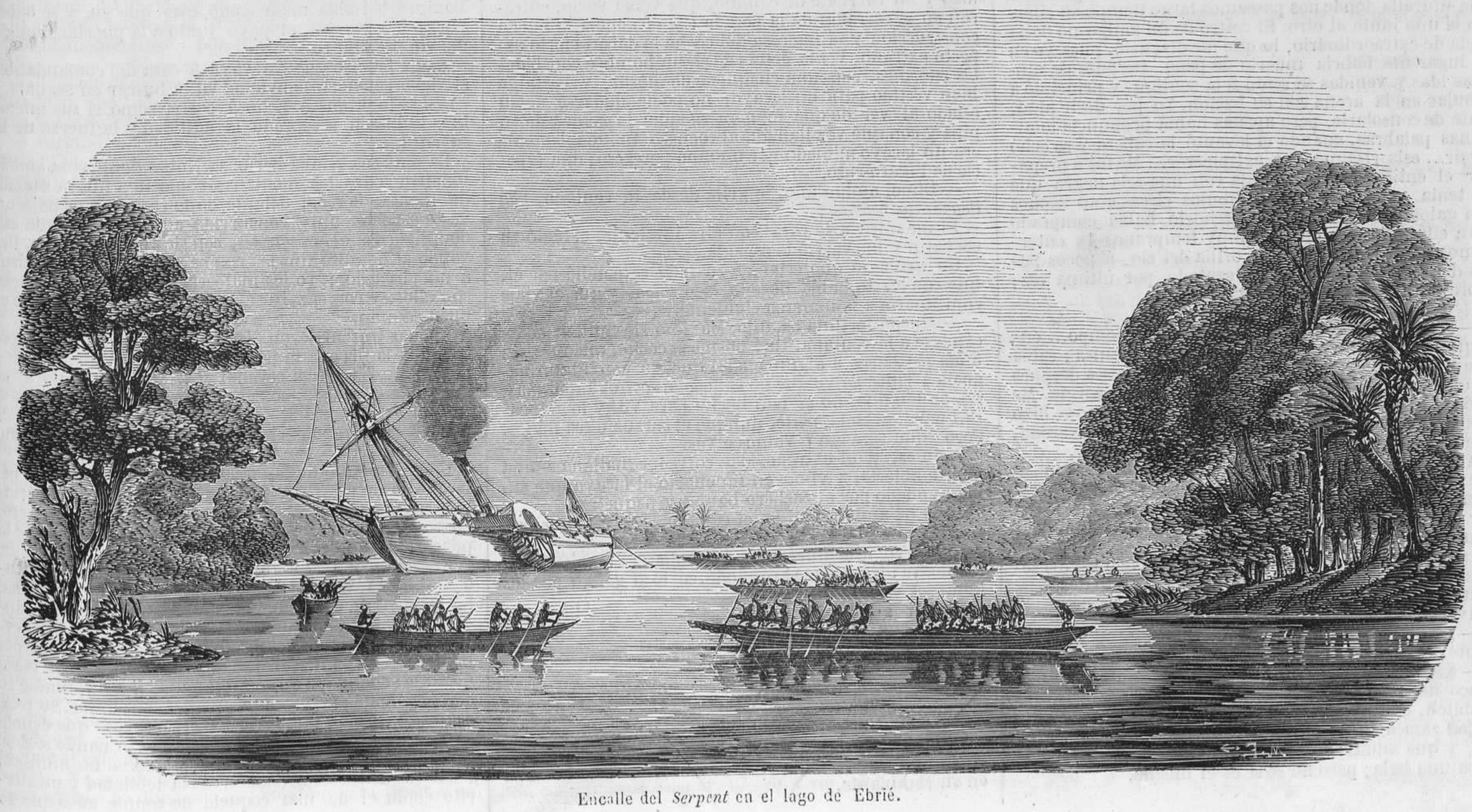
Con este fin tomé mis disposiciones, mandé cargar los cañones con metralla, mandé preparar las armas, y puse centinelas por todo el buque... Por fortuna, el cielo se habia despejado, habia salido la luna y podiamos ver los objetos á cierta distancia.

Muchas veces durante la noche vinieron á advertirme que se oia en tierra el ruido de los tan-tanes y de las tropas de guerra; grandes hogueras elevaban sus llamas en torno nuestro, y se distinguian largas piraguas que se deslizaban silenciosamente por las orillas. Yo mandé tirar de cuando en cuando algunos cohetes para indicar á los salvajes que estabamos alerta, y esto era bastante para espantarlos, pues nunca habian visto cosa semejante. Cuando amaneció me convencí de ello; una porcion de piraguas cargadas de indígenas armados se habian reunido á cierta distancia del buque, y sus jefes parecian concertarse sobre el partido que debian tomar. Evidentemente habian tenido la intencion de atacarnos durante la noche, pero nuestros cohetes les habian intimidado. A cada instante llegaban nuevas piraguas, y algunas mas atrevidas que las otras se colocaron al alcance del cañon.

Entónces llamé al jefe de Abata, que era un amigo fiel de los franceses desde la fundacion de la factoría, y le dije que contaba con él para que se avistara con los jefes de todas aquellas piraguas, y les previniera, que si disparaban un solo tiro contra el vapor, todas sus aldeas y sus piraguas serian destruidas como en Yahu; que además debian reflexionar que aun cuando el vapor se hubiera de quedar perdido sobre aquellas rocas, el gran jefe de los franceses enviaria al instante otros tres ó cuatro para reemplazarle si era menester, y que entónces ¡ay de los que nos hubieran atacado!... que por consiguiente me prometia que en vez de atacarnos nos ayudarian á desembarcar mi carbon y á sacar el buque...

Despues de haberse hecho explicar bien estas instrucciones, nuestro piloto se arrojó á nado, y llegó á la primera piragua de los salvajes. Bien luego todas las demás embarcacions le rodearon y formaron una masa compacta; poco rato despues noté la mayor incertidumbre en sus movimientos; muchas barcas se separaron del grupo y se fueron á la orilla.

Entónces quise dar un golpe atrevido para decidir la cuestion en mi favor; mandé armar algunos de mis hombres y los envié en la chalupa con un bámbara intérprete, en medio mismo de los salvajes. Allí el bámbara declaró de mi parte á los jefes que necesitaba absolutamente para desembarcar mi carbon, tres ó cuatro de sus grandes canoas de guerra y que me las enviaran al instante, por lo cual recibirian en recompensa algunos regalos de ron, y de tabaco. Los jefes se negaron á ello, pero mis órdenes eran terminantes; mis



Encalle del *Serpent* en el lago de Ebrié.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

enviados se apoderaron de dos piraguas grandes, las hicieron avanzar de grado ó por fuerza, y á remolque las trajeron á bordo. Los salvajes, estupefactos con aquella audacia, no se atrevieron á disparar un solo tiro, y una hora despues habian desaparecido todas sus embarcaciones.

No obstante, este aislamiento no fué de larga duracion; pronto llegaron otras piraguas, pero estas no venian armadas y pertenecian en parte á la tribu de Abigan, de la que nos hallabamos bastante separados. Los naturales de Abigan me anunciaron la próxima visita de su rey, que habia tenido conocimiento de nuestro naufragio y queria ofrecerme sus servicios. En efecto á la mañana siguiente muy temprano llegó con una piragua cargada de carneros, aves y frutas que puso á mi disposicion con la mayor galantería. Le agradecí como pude su fina atencion, y resolví aprovecharme de su presencia para ver si á beneficio de un postrer esfuerzo podiamos sacar al buque de su encalle. En efecto, todo nuestro carbon estaba desembarcado ya, y el buque, aligerado de su peso, tocaba muy poco á las rocas. Hice subir á bordo unos cien salvajes de Abigan y los dispuse sobre el calabrote, en tanto que mis hombres se colocaban sobre el banco de rocas al rededor del buque, con el agua hasta las rodillas. A una señal dada, principiaron á trabajar simultáneamente sobre el calabrote y el buque que mis hombres trataban de levantar, y notamos al punto un primer movimiento de marcha; por fin, á los gritos de alegría de la tripulacion y de los naturales, el *Serpent* cediendo á tantos y tan reiterados esfuerzos salió de su peligroso encalle, pero con muchas averías, por lo que debí pensar en volverme lo mas pronto posible á la factoría para repararle, pues el agua que entraba en él no dejaba un solo instante de reposo á mis hombres. Esto es lo que hice á la otra mañana, en cuanto volví á tener mi carbon á bordo, y quince dias despues atravesaba la barra y entraba en la mar para el Senegal adonde llegué muy enfermo á fines de mayo. Del Senegal fuí dirigido sobre la Francia... A. B.

NOVELAS RUSAS.

Blanca.

Al mediodía principió á tener sed; abrimos la ventana, pusimos nieve al rededor de su cama, pero nada bastó; yo ya sabia que esa sed insoportable era la señal de una muerte próxima. Se lo dije á Petchorin, en el momento que ella se incorporaba sobre la cama y gritaba con una voz ronca:

— ¡Agua, dadme agua!

Mi amigo se puso blanco como un papel, se apoderó de un vaso, le llenó de agua y se lo dió. Yo me tapé los ojos con la mano y principié una oracion... he visto morir mucha gente en los hospitales y en los campos de batalla, pero aquello era muy distinto. Lo que mas dolor me causó fué que ántes de morir no se acordó de mí una sola vez. Es cierto que quien soy yo para que nadie piense en mí en el momento de la muerte.

Algunos minutos despues de haber bebido el vaso de agua, espiró. Hice salir del cuarto á Petchorin, y fuimos á la muralla donde nos paseamos largo tiempo en silencio el uno junto al otro. El rostro de mi amigo no decia nada de extraordinario, lo que me disgustó, pues yo en su lugar me habria muerto de pena. Despues de muchas idas y venidas se sentó á la sombra, y principió á dibujar en la arena con su baston. Yo por decir algo, traté de consolarle, pero apénas habia pronunciado algunas palabras, cuando él levantó la cabeza y se echó á reir... esta risa me hizo extremecer... Me fuí á preparar el entierro; cubrí la caja con una tela negra que yo tenia, y la adorné con dibujos circasianos hechos con galones de plata que Petchorin habia comprado para ella. A la otra mañana muy temprano, la enterramos fuera del fuerte, á la orilla del rio, á pocos pasos del sitio donde se habia sentado por última vez; sobre su tumba han crecido zarzas.

— ¿Y Petchorin? pregunté yó.

—Petchorin estuvo indispuesto mucho tiempo... enflaquecia, pero no hablabamos jamás de Blanca; sabia que no le gustaba la conversacion. Tres meses despues le enviaron de guarnicion á *** y salió de Georgia. Me dijeron luego que habia vuelto á Rusia, pero no se hizo mencion de ello en las órdenes del cuerpo. ¡Es verdad, que á nosotros nos llegan tan tarde las noticias!

Aquí el capitan se entregó á una larga disertacion sobre lo fastidioso que es saber las noticias un año despues que las cosas han ocurrido. Sin duda hablaba así por adormecer sus recuerdos; yo no le interrumpí, pero tampoco escuché lo que decia.

La tormenta se habia apaciguado, el cielo estaba sereno y nos pusimos en camino. Un gran rato despues, cuando ibamos andando, saqué involuntariamente la conversacion de Blanca y Petchorin.

— ¿No sabeis en que vino á parar Kasbitch? le pregunté.

—Kasbitch, lo ignoro... he oido decir que á nuestro flanco derecho tenemos entre los chapsongos un tal Kasbitch, un hombre muy valiente, que se pasea vestido con casaca colorada y al paso, expuesto á que le maten, y que saluda con mucha cortesía cuando le pasa cerca una bala; pero no sé si es él mismo.

En Kobí me separé de Máximo Masimitch; yo tomé la posta y él llevaba mucha carga para seguirnos. No esperabamos volvernos á ver, pero el acaso lo dispuso de otro modo, y á la primera ocasion hablaré de nuestro segundo encuentro.

FIN DE BLANCA.

II.

Máximo Maximitch.

Despues de haberme separado de Máximo Maximitch, atravesé rápidamente los desfiladeros de Tech y de Darial. Almorcé en Kasbeck, tomé el té en Jars, y llegué á la hora de cenar á Vladikankase. Nada os diré de las montañas, puesto que no las habeis visto, ni de los ecos, puesto que no los habeis oido; ¡tambien os dispensaré de escuchar mis observaciones estadísticas!

Me apeé en la única posada del pueblo: los tres inválidos que la gobiernan son tan estúpidos y están habitualmente tan borrachos, que es imposible lograr un faisan asado, y aun unas miserables sopas. Comenzaron por decirme que tendria que sujetarme tres dias á aquel régimen dietético, porque la *ocasion* no habia llegado todavía, y no podia por consiguiente volver á partir. ¿Pero tal vez ignora Vd. lo que es una *ocasion*?

— Ciertamente, contesté.

— Una ocasion es una media compañía de infantería y una pieza de artillería que escoltan los convoyes á través de la Kabarda, desde Vladikankase hasta Ekathenograd.

— Pensé en escribir, para distraerme, la historia de Blanca, que me habia contado Máximo Maximitch, no creia yo entónces que seria el primer eslabon de tan larga cadena de novelas.

El primer dia me aburrí fuertemente; al dia siguiente llegó al patio de madrugada un ginete sobre su caballo... ¡era Máximo Maximitch! Nos abrazamos como antiguos amigos; le ofrecí la mitad de mi habitacion, aceptó sin cumplimientos; me dió un golpecito en el hombro, é hizo un mohin, como quien se sonrie... ¡qué raro!

Máximo Maximitch tenia profundo conocimiento del arte de cocina; era preciso ver como sabia asar un faisan y como lo empapaba con el jugo de pepinos salados. Sino por él, mi racion hubiera sido pan seco. Una botella de vino de Kabetee nos hizo olvidar que no teniamos mas que un plato; encendimos nuestras pipas y nos sentamos, yo cerca de la ventana, él junto al calorífero que habian encendido, porque el dia estaba frio y húmedo. Callamos los dos: ¿qué podiamos hablar? Él me habia dicho todas las cosas interesantes que sabia, yo no tenia nada que referir. Miraba yo por la ventana; una multitud de casitas estaban sembradas en la orilla del rio Terk que se ensanchaba cada vez mas, y veia por entre los árboles la muralla azulada de las montañas que dominaba el Kasbeck con su elevada cima nevada. Me despedia con el pensamiento de estas montañas que me inspiraban un sentimiento de pesar y de dolor.

Así permanecimos mucho rato inmóviles y silenciosos; el sol se ocultaba detrás de las heladas cúspides; una niebla ligera se extendia ya por los valles, cuando oimos por la calle una campanilla de viaje y los gritos de un cochero. Algunos carros armenios cubiertos de lodo y un carruaje de camino, que venia vacío, entraron en el corralon de la posada: la elegancia, la buena construccion y la ligereza del coche le daban cierto aspecto extraño. Venia detrás de él un hombre con bigotes enormes, con una chaqueta de húsar, y bastante bien vestido para un lacayo; no podia dudarse de su estado al ver de qué manera sacudia la ceniza de su pipa y con qué voz llamaba al cochero. Indudablemente era un lacayo mimado por un amo perezoso; una especie de Fígaro ruso.

— Díme, amigo mio, le grité desde la ventana, *¿ha llegado la ocasion?*

Él me miró á la cara con aire insolente, arregló su corbatin y me volvió la espalda.

Un armenio que estaba á su lado respondió por él, que con efecto habia llegado la *ocasion*, y que el viaje continuaria á la mañana siguiente.

— Mucha fortuna es, dijo Máximo Maximitch acercándose á la ventana. Qué hermoso coche, añadió: sin duda pertenece á algun oficial que va con algun negocio á Tiflis. Se ve que no conoce nuestras montañas; no, amigo mio, no se han hecho para Vd. y lo golpearán á Vd. grandemente, aunque el carruaje sea inglés. Pero ¿qué será eso? Vamos á ver.

Salimos, y al extremo del corredor hallamos una puerta abierta, y vimos en un cuarto al lacayo que subia ayudado por el cochero baules y paquetes.

— ¡Eh! amigo, le dijo el capitan, ¿de quién es ese magnífico coche?

El lacayo murmuró algo entre dientes siguiendo su maniobra; Máximo se incomodó, cogió al gañan por los hombros y le dijo:

— A tí te hablo.

— ¿De quién es ese coche?

— De mi amo.

— ¿Y quién es tu amo?

— Petchorin.

— ¿Cómo dices?

— Petchorin.

— ¿No ha servido en el Cáucaso? exclamó Máximo Maximitch cogiéndole por el brazo. La alegría brillaba en su semblante.

— Creo que sí, dijo el criado, pero como hace poco que lo sirvo, no puedo asegurarlo.

— ¡Oh! él es... Gregorio Alexandrovitch. ¿No es este su nombre? Nosotros somos amigos de tu señor, añadió. Y le dió en el hombro un golpe amistoso, pero con tal fuerza, que el lacayo vaciló sobre sus piés.

— Perdone Vd., caballero, Vd. me incomoda, le dijo este lleno de cólera.

— Vamos, hombre... ¿Sabes que somos íntimos amigos de tu amo, que hemos vivido mucho tiempo juntos? ¿Pero dónde se ha quedado?

El lacayo contestó que su amo cenaba y pasaba la noche en casa del coronel M...

— ¿Pero no vendrá un momento por aquí esta noche?... ¿Y tú, amigo mio, no tienes algun pretexto para volver á verlo? Si vas, díle que Máximo Maximitch está aquí.... yo te daré una peseta para que eches un trago.

El lacayo hizo un gesto de desprecio al oir hablar de una peseta, pero ofreció á Máximo cumplir su encargo.

— En seguida vendrá, dijo el capitan con aire de triunfo. Voy á esperarlo á la puerta.... siento no conocer al coronel M..

Máximo Maximitch se sentó en un poyo cerca de la puerta; yo me volví á mi cuarto. Confieso que deseaba ver á ese Petchorin, aunque lo que me habia dicho el capitan no me habia hecho formar muy buena idea de él. Al cabo de una hora el inválido me trajo agua caliente y la tetera. El capitan continuaba en su poyo.

— Máximo Maximitch, ¿no quiere Vd. tomar té? le grité

— Mil gracias.

— ¿Gracias sí, ó gracias no?

— Gracias, no.

— Tome Vd. un poco, hace mucho frio ahí bajo, y es ya muy tarde.

— No, gracias.

— Como Vd. guste.

Me quedé solo, como estaba. Al cabo de diez minutos entró, diciéndome:

— Teneis razon, hace frio, y vale mas tomar un vaso de té; esperaré todavía... ya hace rato que ha salido su lacayo... algo sin duda lo detiene...

Bebió de priesa el vaso de té, rehusó el segundo, y bajó presuroso á volver á sentarse en el mismo sitio. Era evidente que la negligencia de Petchorin disgustaba al viejo, tanto mas cuanto que acababa de hablarme de su mutua amistad, y me habia dicho, aun no habia una hora, que Petchorin acudiria apénas oyera pronunciar su nombre.

Ya era tarde, y la noche estaba muy oscura cuando abrí la ventana otra vez. Llamé á Máximo Maximitch, y le dije que ya era hora de acostarse; él murmuró algunas palabras; yo repetí la invitacion..... él no me contestó.

Me envolví bien en mi capa, puse la vela encendida en una silla, y me acosté en el sofá. Muy apaciblemente hubiera dormido si no me hubiera despertado al entrar Máximo Maximitch. Dejó su pipa en la mesa, dió algunos pasos por la habitacion, movió el fuego del calorífero, y por último se acostó; pero durante algun tiempo lo oí toser, escupir y removerse.

— ¿Le pican á Vd. las pulgas? le pregunté.

— Sí, dijo suspirando.

Al dia siguiente me levanté temprano, pero Máximo Maximitch habia madrugado mas que yo, y se habia vuelto á sentar en el poyo junto á la puerta. Cuando me vió me dijo:

— Es preciso que yo vaya á casa del comandante; si viene Petchorin, envíeme Vd. á buscar en seguida...

Así se lo prometí. Echó á correr como si sus miembros hubiesen recobrado la agilidad y la fuerza de la juventud.

La mañana estaba hermosa. Nubes doradas se amontonaban sobre las montañas como una nueva cadena de montes aéreos; delante de la casa se extendia un vasto espacio, muy concurrido aquel dia, porque era domingo. Pequeños *ossetes*, con los piés descalzos, llevando al hombro alforjas con barriles de miel, giraban á mi alrededor; yo los maldecia, no sabia qué hacer con ellos, y comenzaba á estar tan inquieto como el buen capitan.

Apénas trascurrieron diez minutos ví asomar al extremo de la plaza á la persona que aguardabamos. Venia acompañado del coronel M..., que lo trajo á la puerta de la posada, se despidió allí de él, y regresó á su fuerte.

En seguida envié el inválido á buscar á Máximo Maximitch.

Un criado salió de la posada, dió á Petchorin una petaca llena de cigarros, y se fué despues de haber recibido algunas órdenes. Su amo encendió un cigarro, bostezó dos veces, y se sentó en el banco cerca de la puerta.

Era de mediana estatura, delgado, pero de constitucion robusta, y capaz de soportar el cambio de clima, los peligros de una vida nómada, las delicias de la ciudad, y las borrascas de las pasiones: su levita de terciopelo, cubierta de polvo y ajustada á la cintura por los dos botones inferiores, dejaba ver una camisa blanquísima; cuando se quitó un guante, me sorprendió su elegante mano, la finura y palidez de sus dedos. Su paso era negligente, y no movia los brazos, cosa que denota á mi juicio algun misterio en el carácter. Cuando se dejó caer en el banco, su talle se dobló como un mimbre, todas sus actitudes revelaban cierta debilidad y un airecito como el de una coqueta de treinta años que se

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

sienta ó arrellana en un sillon despues de una noche de baile. Podia tener treinta años, pero no representaba veinticuatro. Su sonrisa parecia la de un niño, su blanco y delicado cútis era femenino; sus cabellos rubios y ensortijados le caian sobre su gracioso rostro. A pesar del color de su cabellera, los bigotes y las cejas eran negras. Cuando reia, no reian sus ojos, señal de mala condicion ó de dolor constante, su mirada no era prolongada, pero penetrante. Para acabar diré que el conjunto de Petchorin era bueno, y que tenia una de esas fisonomías que agradan al bello sexo.

Los caballos estaban enganchados, el lacayo le habia dicho á su amo que todo estaba dispuesto, y Máximo Maximitch no parecia. Por fortuna, Petchorin con los ojos fijos y meditabundo parecia que habia olvidado su viaje.

Yo me acerqué á él y le dije :

— Si gustais esperar un momento, veréis á un antiguo amigo.

— ¡Ah! cierto, ayer me hablaron de él; pero ¿dónde está?

Yo volví la cabeza y ví á Máximo Maximitch.

— Allí, le contesté.

Con efecto, Máximo venia hácia nosotros á todo correr. Cuando llegó, casi no podia respirar, el sudor le corria por la cara; los rizos blancos que asomaban bajo su sombrero se le habian pegado á las sienes; sus rodillas temblaban; queria arrojarse al cuello de Petchorin, que se contentó con tenderle la mano de una manera bastante fria, aunque con una sonrisa muy afable. El capitan se quedó un momento estupefacto; por fin cogió ávidamente aquella mano, y quiso hablar, pero no lo logró.

—¡Qué contento estoy, mi querido Máximo Maximitch! ¿Cómo está Vd.? dijo Petchorin.

— ¡Ah! tú... Vd... murmuró el anciano con las lágrimas en los ojos : ¡cuántos años! ¡cuántos dias!... ¿Qué ha sido de todo aquello?

— Voy á Persia... tal vez mas léjos...

— ¿Pero no ahora?

— Ahora.

— No, aguardaréis un poco, querido amigo : ¿nos separarémos tan pronto despues de haber pasado tanto tiempo sin vernos?

— Es preciso, Máximo.

— ¡Dios mio! pero ¿porqué tanta priesa? Yo le hubiera contado á Vd. muchas cosas; le hubiera hecho á Vd. muchas preguntas. ¡Cómo!... ¡ha tomado Vd. la licencia! Dígame Vd. lo que ha hecho Vd. en tanto tiempo.

— Aburrirme grandemente, respondió Petchorin sonriéndose.

— ¿Recuerda Vd, cuando viviamos juntos en el fuerte?... ¡Hermoso país para cazar!... Y Vd. es un cazador resuelto... ¿Y Blanca?...

Petchorin palideció.

— De todo eso me acuerdo, dijo ahogando la voz con un bostezo.

Máximo Maximitch le pidió que permaneciera con él siquiera dos horas.

— Comerémos bien, le dijo, tengo dos faisanes, y el vino de Kakhetia es excelente... Charlarémos... me contará Vd. la vida que hacia en Petersburgo..... ¡Y bien!

— En verdad no tengo nada que contar, mi querido Máximo Maximitch, y tengo que partir. Gracias por no haberme olvidado, añadió cogiéndole la mano.

El anciano frunció el entrecejo... estaba ofendido y profundamente triste, por mas que intentara ocultarlo.

—Olvidado, murmuró, olvidado, nada he olvidado... Pues bien, que Dios lo acompañe á Vd.; pero no esperaba volverlo á ver á Vd. de este modo.

— Basta, dijo Petchorin abrazándolo amistosamente, basta; ¿no soy por ventura el mismo? Dios sabe si nos volverémos á ver.

Al decir estas palabras subió al carruaje; el cochero tomaba las riendas.

— Para, para, exclamó de repente Máximo Maximitch cogiendo la portezuela del coche, me se olvidaba... tengo papeles que os pertenecen, Gregorio Alexandrovitch... yo los llevo siempre conmigo, á todas partes... tenia esperanzas de veros en Georgia... ¿Qué es lo que debo hacer?

— Lo que gusteis, respondió Petchorin. Adios.

— Es decir que os vais á Persia? ¿Y cuando volveréis de allí? gritaba Máximo Maximitch con toda su fuerza, porque el carruaje se alejaba á buen paso.

Petchorin hizo una señal con la mano, como si dijera : ¿A qué he de volver? Ya no se oia ni el sonido de la campanilla, ni el ruido de las ruedas en las piedras; pero el pálido anciano permanecia inmóvil y sumergido en sus reflexiones.

Por fin, esforzándose por tomar un aire indiferente, aunque tuviese los ojos llenos de lágrimas.

— Sin embargo, es cierto que hemos sido muy amigos... ¿Pero qué es la amistad en estos tiempos? ¿Qué soy comparado con él?... Yo no soy rico, ni noble, mi edad me aleja de él, que tiene mucha ménos que yo. ¡Qué elegante se ha hecho en Petersburgo!... ¡Qué carruaje... qué equipajes... y qué lacayo tan orgulloso!... Luego volviéndose hácia mí : « ¡Qué le parece á Vd.? continuó. ¿Qué diantres lo lleva á Persia?... da risa, á fe mia. Siempre he creido que era una cabeza ligera de las que no inspiran confianza... Mucho lo siento, porque al cabo tendrá mal fin. No puede ser de otro modo... Ya he dicho que aquel que olvida sus antiguos amigos no dura mucho. Volvióse para ocultar su emocion y se puso á dar vueltas al rededor de su carro, como quien examina las ruedas, pero en realidad con el objeto de que no vieran sus ojos bañados en llanto.

— ¿Qué papeles son esos que os ha dejado Petchorin? le pregunté.

— ¡Dios lo sabe! ¡Algunas memorias!

— ¿Qué vais á hacer de ellos?

— Por vida... cartuchos.

— Mas vale que me los deis á mí.

— ¿A vos?

— A mí. ¿Porqué no?

Me miró con sorpresa, luego comenzó á registrar su maleta, sacó un mamómetro, luego otro y otro. Los arrojaba al suelo con desprecio : habia en su enojo cierto no sé qué infantil, que me pareció visible y me dió compasion.

— Aquí están todos, dijo; os doy la enhorabuena por el hallazgo.

— ¿Puedo disponer de ellos como quiera?

— Imprimidlos si quereis... ¿Qué me importa? ¡Soy yo su amigo ó su pariente!

Cogí los legajos de papeles y me marché temiendo que el capitan se arrepintiese.

Nos anunciaron que la *ocasion* partiria dentro de una hora, y mandé enganchar.

El capitan entró cuando me ponia el sombrero : parecia que no se hallaba dispuesto á partir, y me pareció que se encontraba un poco embarazado.

— ¿No partís? le dije.

— No.

— ¿Y porqué?

— Porqué no he visto al comandante, y debo entregarle cosas pertenecientes al Estado.

— ¿No habeis estado en su casa?

— Sí, pero habia salido, y no le he esperado...

Lo entendí mas de lo que él pensaba, y me callé.

— Mucho siento que nos separemos, le dije.

— ¿Qué vamos á ganar nosotros en seguiros, pobres y groseros soldados? Miéntras están Vds. expuestos á las balas circasianas, ¡oh! todo va bueno; pero despues se avergüenzan Vds. de darnos la mano.

— Yo no he merecido ese reproche, Máximo Maximitch.

— Verdad es; délo Vd. por no dicho. Buen viaje y felicidades.

Nos separamos bastante friamente. El buen Máximo Maximitch se habia vuelto terco y disputador. ¡Y todo á causa de la ligereza de Petchorin! Esto le dió materia para numerosas reflexiones, que me ocuparon en el camino.

Partí solo.

FIN DE MÁXIMO MAXIMITCH.

III.

Introduccion.

Acabo de saber que Petchorin ha muerto á su regreso de Persia. Celebro mucho este suceso que me permite imprimir sus memorias, y me apresuro á aprovecharme de esta ocasion para poner mi nombre al frente de una obra que no es mia. Dios quiera que mis lectores no me castiguen por esta mentira inocente. Sin embargo, preciso es que explique las causas que me obligan á confiar al público los secretos de un hombre que no he conocido : si hubiese sido mi amigo, la cosa seria muy natural, (todos comprenden la pérfida indiscrecion de un amigo verdadero;) pero yo no lo he visto mas que una vez en toda mi vida, ¿y cómo? un instante en un camino real; no puedo por consiguiente profesarle ese ódio inexplicable que se oculta bajo la máscara de la amistad, y que solo aguarda la muerte ó la desgracia del objeto amado para descargar sobre él una nube de censuras, consejos, chanzas y compasion.

Repasando estas memorias me he convencido de la franqueza de aquel que ha descubierto tan implacablemente sus debilidades y sus vicios, y me parece que la historia de una alma humana es mas interesante que la de un pueblo, cuando ha sido escrita por un hombre de juicio y sin el vano intento de excitar la admiracion ó la compasion. — Las *Confesiones* de Rousseau tenian el inconveniente de ser leidas por él á sus amigos.

De este modo, el deseo de agradar ó de ser útil me empeña en publicar los fragmentos del diario que ha caido casualmente en mis manos. Aunque he cambiado todos los nombres propios, las personas que figuran en él aparecerán, se reconocerán y tal vez excusen muchas acciones que mal comprendidas las han indignado contra un hombre cuyo nombre no es mas que un sonido vano. Fácilmente disculpamos lo que hemos entendido bien.

No publico otras cosas sino las referentes á la residencia de Petchorin en el Cáucaso. Conservo un cuaderno voluminoso en el que refiere toda su vida.

Un dia lo publicaré, pero hoy tengo razones muy plausibles que me impiden cargar con semejante responsabilidad.

Si algunos lectores quisieran saber lo que opino acerca del carácter de Petchorin, mi respuesta seria el título de este libro — pero esto es una pícara ironía : — *No sé.*

Taman.

Taman es la ciudad mas fea entre todas las ciudades marítimas de Rusia. Casi estoy muerto de hambre y me han querido ahogar. Llegué tarde, en un carricoche, en noche oscurísima; el cochero paró sus tres caballos fatigados delante de la única casa de piedra que hay en la ciudad. El centinela, — un cosaco del mar Negro, — habiendo oido la campañilla, nos echa — el ¿quién vive? — con voz áspera. El sargento avanza, le declaré que yo era un oficial enviado al cuerpo del ejército que estaba operando, y pedí alojamiento. Un cabo me guió por la ciudad, pero en todas partes nos respondian : Ocupado. Hacia frio, yo no habia dormido en tres noches, estaba cansado y me incomodaba. Le dije gritando :

— Llévame á cualquier parte, aunque sea á casa del demonio, bergante.

— Aun queda un alojamiento, respondió el cabo, pero no es conveniente para su señoría, porque no está *neto*.

No comprendí el sentido de esta última palabra, mandé al sargento que fuera adelante, y despues de haber circulado por muchas calles fangosas, llegamos á una pequeña cabaña, situada á orilla del mar.

La luna llena alumbraba el tejado de cañas y las blancas paredes de mi nueva morada. En el corral, cercado con una parecita de guijarros, habia otra cabaña agujerada, miserable, medio derruida y mas chica que la primera. La playa, á donde venian á estrellarse con un ruido continuo olas de azul oscuro, llegaba hasta la cabaña La luna iluminaba apaciblemente el inquieto elemento, y con su luz se podian distinguir dos buques, cuyos aparejos se dibujaban parecidos á telas de araña en la línea clara del horizonte. « Buques hay en el puerto, me dije, acaso pueda partir para Gelendgih. »

Un cosaco me servia de criado. Despues de haberle mandado que descargara mi maleta y que despidiera al cochero, llamé al amo de la casa, nadie respondió. Golpeé, profundo silencio. No comprendí nada : por fin, un muchacho de catorce años se acercó casi arrastrándose por el suelo.

— ¿Dónde está el amo de la casa?

— No hay amo.

— ¡Cómo, no hay amo!

— No.

— ¿Y la ama?

— En el pueblo.

— ¿Y quién me abrirá la puerta? dije dándole con el pié.

La puerta se abrió sola, y por ella salió un aire húmedo y de casa cerrada. Encendí un fósforo que acerqué á las narices del pobre muchacho, y alumbró ojos enteramente blancos. Como permanecia inmóvil delante de mí, me puse á examinar los rasgos de su fisonomía.

Debo confesar en primer lugar que tengo preocupaciones contra los ciegos, los tuertos, los sordos, los mudos, los cojos, los mancos, jorobados, etc. Creo firmemente que hay una relacion singular entre el exterior del hombre y su alma, y que las deformidades traen necesariamente consigo la pérdida de algun sentimiento.

Examiné, pues, el rostro del ciego; ¿pero qué se puede leer en una cara sin ojos? Luego lo contemplé mucho rato con compasion, cuando de repente una sonrisa casi imperceptible asomó á sus delicados labios y me causó una impresion muy desagradable. Me pareció que aquel niño no era tan ciego como aparentaba; procuré persuadirme de que era imposible imitar aquellas manchas de los ojos, pero en vano. ¡Tengo tantas preocupaciones!

— ¿Eres el hijo del ama de la casa? le pregunté por fin.

— No.

— ¿Quién eres pues?

— Un huérfano, un pobre.

— ¿Y el ama tiene hijos?

— No.

— ¿Ninguno?

— Tenia una hija, pero se ha ido al otro lado del mar con un tártaro.

— ¿Qué tártaro?

— El diablo lo sabe; un tártaro de Crimea, un batelero de Kertch.

Entré en la cabaña.

Dos bancos, una mesa y un cofre enorme constituian todos los muebles. No habia una sola imágen en las paredes, lo cual es una mala señal. El viento del mar entraba por un postigo. Saqué de mi maleta un cabo de vela, lo encendí y comencé á preparar mis cosas; puse en un rincon mi sable y mi carabina, las pistolas sobre la mesa, extendí mi capa en un banco, y mi cosaco hizo lo mismo en el otro; al cabo de diez minutos roncaba él. Por mi parte, yo no podia coger el sueño; veia constantemente, en pié, en la oscuridad, delante de mí, al niño de los ojos blancos.

Una hora pasé en tal estado.

La luna alumbraba la ventana, y sus rayos herian la tierra que servia de pavimiento á la cabaña.

De repente se dibuja una sombra en la parte iluminada; alguno pasó precipitadamente y se ocultó, Dios sabe donde. No podia imaginarme que aquel sér, quien quiera que fuese, se hubiera atrevido á tomar la direccion de la playa, y sin embargo, no habia otra salida. Me levanté, me puse mi traje tártaro, cogí el puñal y salí suavemente de la cabaña Al salir me encontré con el ciego. Me arrimé á la cerca y pasó junto á mí, tomando precauciones, pero con pasos seguros. Llevaba debajo del brazo una cosa parecida á un paquete, y despues de haberse vuelto hácia la orilla, comenzó á bajar por un sendero estrecho y pendiente.

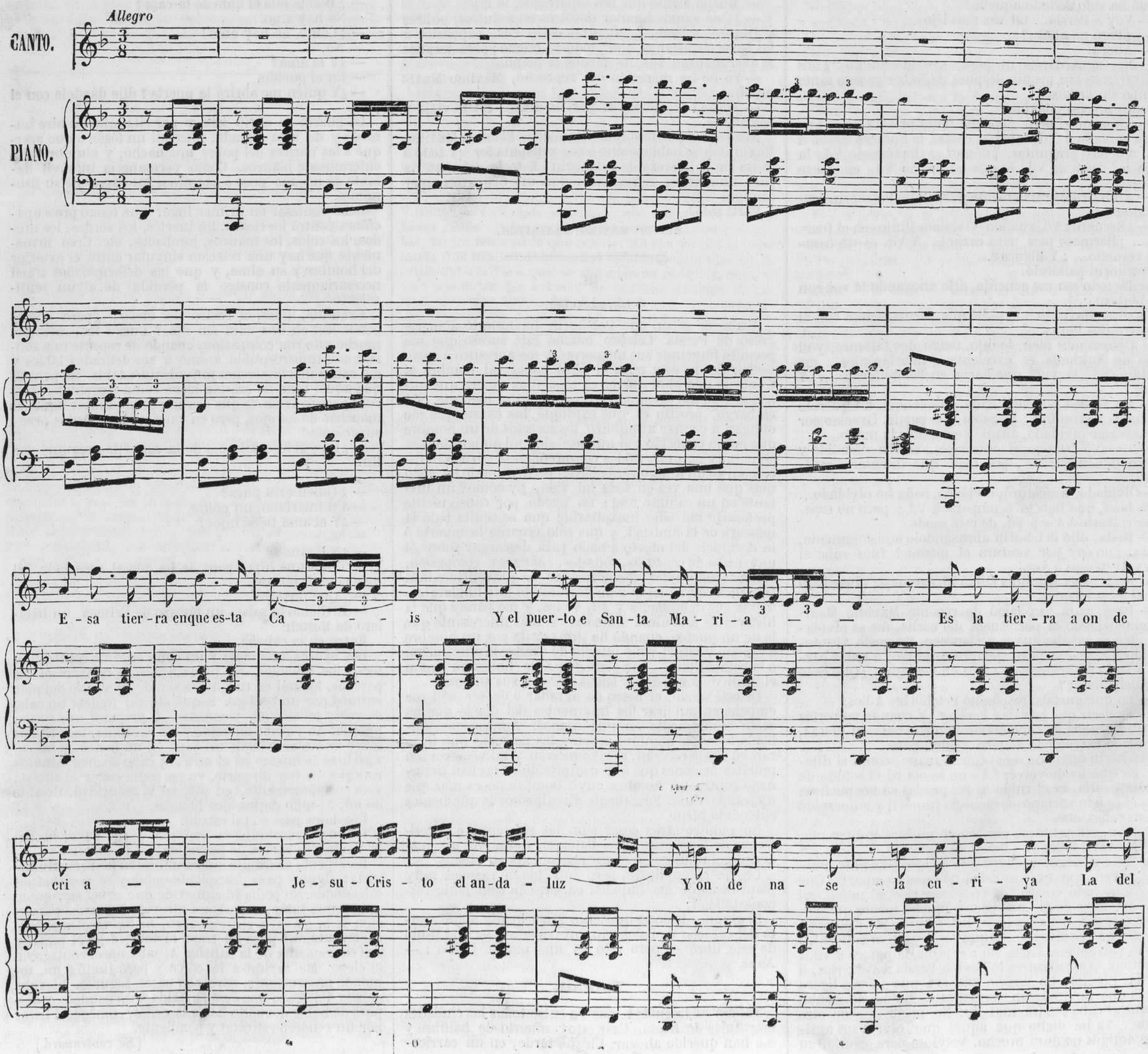
(*Se continuará.*)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

LA TIERRA
É
MARIA SANTISIMA

CANCION ANDALUZA CON ACOMPAÑAMIENTO DE PIANO

música del maestro IRADIER.



cuer - po san - dun - gue - ro Que re - guel - ve el mun - do en te - ro Con su man - ti - lla de

tul Con su man - ti - lla de tul. *On José! ¡On José! naita min porta que me quiea oste.* Que tengo a pu - ña-os mar-que-ses Y condes que

muer-tos e jam - bre Me quie-ren co - me, Me quie - ren co - me, Me quie-ren co - me. Que ten-go a pu - ña - os mar-

- que - ses Y con-des que muer-tos e jam - bre Me quie-ren co - me, Me quie-ren co - me.

Procédés de Tautenstein et Cordel, 92, rue de la Harpe.

2.

Ni Paris con sus Maamas,
Ni Londres con sus Milais,
Tienen jembras como Cais,
Como Malaga y Jeres,
Onde con cuatro requiebros
Y una copa é mansaniya,
Lo mesmo aquí que en Sevilla
Toas sabemos queré
¡On José! ¡On José! etc.

3.

Disen que estan atrasaos
Un Siglo los Españoles
Po que á Ronda ¡caracoles!
Aun no vamos po vapo,
Como si fuea presiso
Pa anda en esta tierra
Otro fuego que el que ensierra
Un andalús corason
¡On José! ¡On José! etc.

4.

Cuando á Paquiro admiramos
En una plasa é toros,
Desendientes é los Moros,
Nos yaman desde Paris,
Pero si luego se asercan
Los estrangis á la plasa
Abren... tamaña... bocasa
Y dicen ¡oh qué plaisir!
¡On José! ¡On José! etc.

Sobre la division de las propiedades

EN FRANCIA É INGLATERRA.

Atribuyen algunos á la grande division de la propiedad el aumento de poblacion y la prosperidad agrícola de Francia; mas no faltan autores respetables que sostienen la opinion contraria; y no por apego á ideas rancias, sino porque suponen haber demostrado la experiencia que las pequeñas propiedades hacen mas daño que provecho. En una cuestion tan interesante, no debo hacer otra cosa que copiar fielmente lo que han dicho en apoyo de su sistema; y como se ha citado algunas veces el estado de Francia é Inglaterra, puede no ser indiferente á muchos saber cómo piensan algunos franceses ilustrados que han examinado bien ambas naciones.

En una de las obras del baron M. Charles Dupin, impresa en Paris en 1827 con el título de *Forces productives et comerciales*, despues de calcular el incremento anual que han tenido desde la paz todas las fuerzas productivas en uno y otro reino, se lee lo siguiente: « En Francia vale dicho incremento al trabajo que harian un millon de personas de toda edad y sexo sin valerse del socorro de ninguna fuerza; pero en la Gran Bretaña es superior al de dos millones de individuos como los anteriores. Limitando pues nuestra atencion únicamente á las fuerzas humanas, véase el cuadro comparativo de su aumento anual en siete naciones de Europa y en razon de un millon de habitantes.

En Prusia han tenido de aumento.	27027
En la Gran Bretaña.	16667
En los Países-Bajos.	12372
En las Dos Sicilias.	11111
En Rusia.	10527
En Austria.	10114
En Francia.	6536

Y suponiendo que continúe este aumento en la misma proporcion, se doblará la poblacion.

De Prusia en.	26	años.
La de la Gran Bretaña en. . .	42	id.
La de los Países-Bajos en. . .	56 1/2	id.
La de las Dos Sicilias en. . .	63	id.
La de Rusia en.	66	id.
La del imperio austriaco en. .	69	id.
Y la de Francia en.	105	id.

Luego si fuera cierto, como suponen y afirman muchos, que progresan ó disminuyen los pueblos en razon directa de sus medios de subsistencia, tenian que confesar los poseian mas abundantes aquellas naciones que han crecido mas que la Francia en poblacion; y como aun subsiste en ella la amortizacion civil y eclesiástica, y no se dividieron las propiedades tanto como se desea, me parece deben reconocer no son tan eficaces ni tan felices los efectos de su celebrada subdivision.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Pero aun se demostrará esto mejor con las noticias ó datos que he tomado de obras donde se ha considerado esta materia con todo el detenimiento que merece.

Es una opinion recibida que la agricultura tiene una relacion íntima con la calidad y abundancia de los animales domésticos que aumentan las fuerzas productivas del hombre; y siendo el caballo uno de los que mas servicios le prestan, desde luego debe llamar la atencion no exista hoy en Francia aquella superioridad en este ramo que se atribuye en otros tiempos Chaptal. Lo que dicen algunos autores es, que á pesar del cuidado del emperador en la cria de caballos, quedaron frustradas sus intenciones, acaso por su misma intervencion impaciente, y que no solo declinó la raza durante su reinado, sino que disminuyó considerablemente su número.

Y Dupin en la obra citada dice: « que en vez de tener la Francia el que correspondia á su poblacion y territorio, carece hasta de los que se requieren para la reproduccion de las castas. Cada año tiene que hacer considerables importaciones, como se evidencia por las de los años desde el de 822 á 825. Ascendieron en ellos á 95,639 los que entraron del extranjero, y fué su coste 30.219,540 francos, que viene á ser 316 francos y pico, valor medio. » Y añade despues: « aunque ahora se computan en 2.500,000 los que hay en Francia, son ménos de los que existian en ella ántes de la revolucion; y por efecto de la division de las grandes propiedades, de la destruccion de las quintas y palacios, de haber disminuido las opulentas fortunas territoriales la aficion á las grandes cacerías, y por ser ménos las familias que viven hoy en sus tierras, hay mucho ménos gusto por los caballos de caza y silla, y no se calcula su número en mas de 5,000, que viene á ser 1/500 del total ya referido. »

Que otras naciones han cuidado mejor la cria de caballos, y que exceden en esto á la Francia, se verá por el estado siguiente:

Hay en Hannover para cada mil hombres.	193	caballos.
En Suecia.	145	»
En el estado de Vaud.	140	»
En la Gran Bretaña.	100	»
En seis provincias de Prusia.	95	»
Y en Francia.	79	»

Por eso se lamentó M. Senae en el *Boletin universal de Ciencias y de Industria*, del corto número de animales útiles que posee la Francia con respecto á su vasta extension. Para probarlo presenta una noticia de los introducidos desde 822 á 825, la cual comprende tambien las materias animales, y dice cuánto tienen que trabajar todavía los labradores franceses para economizar á su patria los 50 á 60 millones de francos que paga al extranjero por estas compras, y que esta suma lo merece sin duda, pues basta para satisfacer nada ménos que la tercera parte del impuesto territorial.

Como el estado es muy curioso para los que no se contentan con palabras, voy á copiarlo, y será un nuevo argumento en mi favor.

En 1825 se introdujeron.	Caballos.	23,280
	Mulos y mulas.	729
	Bueyes y toros.	13,962
	Vacas.	23,331
	Asnos.	1,414
	Puercos.	212,398
	Carneros y corderos de todas clases.	199,082

« Y uniendo á su coste el pagado por otras importaciones, como pieles al pelo y curtidas, carnes, lanas comunes, finas y superfinas, crines, grasas, sebo, manteca, queso, etc., ascendió en dicho año el dinero salido de Francia á 49.689,613 francos; » y á la verdad que esto no favorece mucho á los que presentan á este reino como el mas adelantado á causa de la gran division de la propiedad.

No lo considera así M. Dupin, y refiere con dolor hay aun incultos muchos millones de yugadas de tierra que solo aguardan para producir los abonos de que carecen por la falta sensible de animales domésticos. A esto atribuye tambien el mal alimento de la mayoría del pueblo francés; que estén privados del animal casi los dos tercios, y que mas de la tercera parte no coma otro pan que de avena, ó trigo de mala calidad, ó maiz, ó castañas ó patatas.

No solo dice que Francia está mucho ménos bien abastecida de animales domésticos que varias naciones de Europa, sino que califica de melancólica la desproporcion, comparándola con Inglaterra.

En su patria las fuerzas animales empleadas en la agricultura equivalen solo á cuatro veces las humanas, miéntras que en aquella y la Escocia son iguales á once; de modo, que en Francia están sus labradores tres veces ménos ayudados por la fuerza animal que en el Reino-Unido.

Casi la tercera parte de su territorio está destinada á pastos, miéntras que solo un sétimo y medio por ciento se halla en Francia cubierto de praderías; y de aquí nace que la Inglaterra consume « por habitante tres veces tanta carne, leche y queso como la Francia, y por consiguiente aquella poblacion se halla tres veces mejor alimentada. » Con este motivo hace M. Dupin reflexiones muy sabias, y así copiaré un pasaje que juzgo interesante.

Una de las ventajas de la multiplicacion de las especies vacunas será disminuir el precio de la carne; mas para esto se requiere que continúe el gobierno lo que empezó ya en Paris, destruyendo el monopolio de los carniceros, y que esta profesion sea perfectamente libre en todas partes. Hubiera valido mas que esta industria lo quedase completamente, que se hubiese destruido con sagacidad las condiciones que perjudican al consumidor, y que no se concedieran premios onerosos con el objeto de disminuir la importacion de animales extranjeros, pues esto contribuye á proteger la incuria, la ignorancia y la pereza del labrador francés, al paso que fomenta la actividad, el celo y la economía de los que habitan los países vecinos á nuestras fronteras. »

El crédito que disfruta M. Dupin parece que debia eximirme de citar otras autoridades; pero como está muy generalizada la opinion de que la Francia ha mejorado cuanto es dable, á causa de la division de la propiedad, no estará demás que se vea cómo piensan algunos diputados del centro de la Cámara, cuyos nombres son bien conocidos.

Empezaré con lo que dijo en una sesion M. de Saint-Creig: « Cuando se considera que en las tres cuartas partes de nuestro feliz suelo hay millones de franceses muy mal vestidos, mal alimentados y mal alojados, es preciso confesar cuánto falta todavía y cuánto debe hacerse para fomentar los consumos en la inmensa proporcion que se necesita. »

Hablando sobre lo mismo M. Alejandro Delaborde, se expresó en estos términos: « La carne es un objeto de lujo en Francia, gracias á las malas leyes: apénas se consume mas que en las ciudades y villas; y aun comprendiendo la de Paris, no pasa de catorce libras la que puede calcularse al año por individuo en todo el reino, miéntras que el número de animales muertos para el consumo en Inglaterra es quince veces mas considerable que en Francia. »

M. Debsert confirmó esto con las siguientes palabras: « Ya es tiempo de decirlo, Francia es uno de los países de Europa en donde viven peor y trabajan mas las clases inferiores; y aunque les llevemos ventajas en civilizacion, no por eso dejamos de ser bajo este punto de vista mas desgraciados que ellos. »

Tambien M. Etienne opinó en cierta ocasion de esta manera: « Si quereis que nuestra poblacion sea ménos pobre, y pueda comprar su trigo, no echeis en olvido que se compone por dos tercios al ménos de jornaleros que nada poseen, que viven únicamente de su trabajo diario, que no pagan otras contribuciones que las indirectas; y así convenceos de que es preciso dejar de agravar vuestra tarifa de aduanas, que hace subir el precio de todas las cosas. »

Con sobrada razon dijo el señor Santaella en las Córtes de España, que visitando la Francia con atencion, se conocia que las pequeñas propiedades eran perjudiciales. Mas como se escandalizan algunos de que hable de este modo, voy á copiar lo que he leido en M. Dupin y en la Enciclopedia metropolitana.

« El cambio producido por la revolucion en los arriendos de las tierras, ha causado indudablemente algunos beneficios en la propiedad rural: los labradores son mas independientes, no están bajo la odiosa tiranía de los señores feudales: tienen un interés permanente en los frutos de su propio trabajo, y su pobreza se halla al abrigo del insulto y la opresion; pero estas ventajas están casi neutralizadas por la excesiva y menuda division de la propiedad.

Desde la revolucion se ha adoptado un sistema que no favorece el desarrollo de la riqueza nacional, porque los pequeños cultivadores consumen poco, y se hallan embarazados en sus operaciones de labranza por falta de capitales; y como subsisten casi enteramente de los escasos productos de sus heredades, ofrecen tambien poco sobrante en la circulacion. Una sociedad que se ha fijado en este estado primitivo y semi-civilizado, encontrará grandes obstáculos para abandonarlo, y por consiguiente será tardío é incompleto su progreso hácia una organizacion social mas perfecta. Se multiplicará la pobreza en los campos á medida que vaya creciendo su poblacion, y en vez de proceder de lo necesario á las comodidades de la vida, y despues al lujo, como en otras naciones, se retrogradará, y así no habrá ni mejoras sociales, ni acaso posibilidad.

Es cierto que la revolucion ha fomentado el cultivo, pero no lo ha mejorado; y auuque debe confesarse que ha aumentado la cantidad, no así la ciencia de la agricultura: los productos del suelo han crecido con el número de los cultivadores; pero estos, considerados individualmente, están muy léjos de ser ricos; y cuando mas, se alimentan á duras penas con los esfuerzos de su trabajo.

Algunos escritores imparciales atribuyen el método imperfecto de labranza á las causas siguientes: al uso de los pequeños arados de madera; á dejar descansar la tierra tres años; á sembrar poco trigo y mucho centeno y otras semillas inferiores; á la falta de ganado; y por último, á la penuria económica de los labradores: y como estas cinco causas pueden reducirse á dos, que son ignorancia y falta de capitales, es incontestable que la revolucion no ha podido remediarlas. »

Por si lo referido no bastase á convencer á los de ciertas opiniones, aun me queda otra autoridad que no mirarán como sospechosa los ciegos apasionados de cuanto se hizo en Francia.

En el diario francés llamado *La Tribune* de 23 de abril de 1838, queriendo impugnar *al Nouvelliste* sobre el número de propiedades que suponia este en Francia, le contestó el papel republicano lo siguiente:

« Nosotros preguntamos si no es irrisorio dar el dictado de propietarios á unos padres de familia que solo pagan al Estado seis francos de contribucion directa. ¿Qué renta pueden producir una cabaña y treinta piés cuadrados de tierra por mas que se afane su dueño? ¿Se llamará propiedad productiva la heredad que se vende por 60 ó 100 francos? Pues estos son los propietarios del *Nouvelliste*, ¡infelices! que arrojados por el hambre vagan por todas partes ganando su mísero sustento, ó como segadores, ó criados de labranza, ó aguadores, ó sirviendo de sustitutos en los ejércitos; y las desventuradas hijas de estos llamados propietarios son las que sirven por 36 francos, y venden sus cabellos por 40; en fin, estos propietarios son los que se alimentan únicamente de trigo de ínfima calidad, de castañas, de patatas, y que jamás prueban el vino. »

No sé qué podrán oponer en contra de tantas noticias datos y opiniones los que solo atribuyen ciertos males á ciertas causas. Si fueran incompatibles con la prosperidad agrícola los diezmos y los mayorazgos, no se hallaria Inglaterra tan adelantada, y excediendo á la Francia, no solo en los productos industriales, sino lo que es mas notable, en los agrícolas. Si creyese alguno que escribo una novela, y que rebajo de propósito la riqueza de Francia, me contentaré con pedirle lea su enciclopedia moderna, y hallará, que teniendo cultivados cuarenta y dos mil millones de la medida que llaman hectárea, que viene á ser como dos fanegas y media de tierra, vale su producto neto, 1,344.703,000 francos, miéntras que Inglaterra, donde solo pueden cultivar 24,000 millones, sube su producto neto á 2,681.150,000 francos; que cada francés produce en industria agrícola 156 francos, y cada inglés 248; y en fin, que el Reino Unido consume en productos naturales 5,344.700,000 francos, y Francia que tiene doce millones mas de habitantes, solo consume de igual clase de productos por valor de 4,529.658.000, y que las exportaciones que hace de estos productos ascienden á 149.058,000 francos; pero los de aquella isla pequeña son de 75.725,000.

Octavio.

Habrá dos años que un jóven, á quien llamaré Octavio N..., cansado de la disipacion á que se abondonara, convertido en misántropo á fuerza de haber sido hombre de mundo, consintió en acompañar al campo á un amigo enfermo del pecho. Vedlos pues establecidos como dos cartujos en el pueblecillo que lleva orgullosamente el nombre de Nueva-Gerona, empleando el dia en matar pájaros ó en comer reclinados encima de la yerba, y la noche en fumar sentados á la puerta de una casita muy parecida á una cabaña, admirando la casta luna, que radiaba en un cielo de zafir, y que lanzaba su claridad sobre la tierra al través de los altos pinos, que elevando hácia ella sus ramas piramidales, la obligaban á formar en el suelo fantásticos dibujos.

— ¡No me falta sino una novia para encontrarme aquí perfectamente! exclamó una tarde Octavio, que pertenecia al número de esos hombres incapaces de estar nunca *vacantes*, y que cambian de amadas casi con tanta frecuencia como de vestidos.

— ¿Segun eso no piensas corregirte? replicó Enrique sonriéndose melancólicamente; todavía no han trascurrido cuatro meses desde que rompiste con Paulina, inocente ángel á quien no hallando nada que echar en cara, tuviste la crueldad de decir: ¡Ya no te quiero!

— ¡Bah! Paulina era una simplona, una paloma boba como las que cazamos con tanta facilidad todas las mañanas, añadió Octavio burlándose. Nada hay tan fastidioso como esas mujeres que lloriquean apénas las trata uno con tibieza, y que carecen de arte para conservar entusiasmado nuestro corazon.

— Te gustan entónces las coquetas... En cuanto á mí, ¡líbreme Dios de su raza! Los tormentos que una me causó han emponzoñado mi vida; y el amor acompañado de celos y dudas, léjos de labrar nuestra dicha, nos sumerge en un infierno de dolores.

— ¡Pobre romántico! No ignoro que los caprichos de tu bella contribuyeron á alterar tu delicada salud, y me propongo cuando retorne al mundo buscar oficiosamente un poeta que se encargue de cantar la sentimental pasion de un segundo Amadis de Gaula. No obstante, en este desierto tu diablillo y mi *paloma boba* no nos vendrian mal para pasar el rato.

El ruido de las ramas de un pino moviéndose con mas violencia de la que comunicaba la mansa brisa, interrumpió la conversacion de los dos amigos. Miraron hácia el punto de donde salia, y vieron deslizarse la aérea figura de una mujer vestida de blanco bajo el follaje trémulo

— ¡Una aventura! gritó Octavio lanzándose en pos de sus huellas.

Persiguióla hasta una casita cercana, y allí al intentar detener á la fugitiva por su traje flotante se dió un golpe contra una puerta que le cerraron en el rostro. Octavio regresó asaz mohino á su habitacion interin se reia Enrique de su derrota.

Ambos se informaron sin tardanza de las personas que vivian en la vecindad, y supieron que entre ellas hallábase un anciano respetable con su hija enferma, jóven linda y pálida como una rosa marchita, que se llamaba Paulina.

Inmutóse Octavio al escuchar ese nombre, pues siempre puede algo una antigua memoria, y desde la inme-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

diata mañana púsose en acecho de la beldad misteriosa.

Era Paulina efectivamente descolorida y triste como la Ofelia de Shakespeare, que fuera á buscar alivio á una fatal dolencia que la amenazaba, aspirando los puros aires de la isla tan benéfica para las tísis pulmonales. Octavio, que la vigilaba ocultamente, la percibió escondiéndose en un grupo de arbustos, en cuyo asilo permaneció contemplando cavilosa la morada de los dos jóvenes con un semblante tan melancólico, que el atolondrado repitió en voz baja aquel verso del Tasso alusivo al amor verdadero:

Brama assai, poco spera!

— Apuesto á que mi paloma boba ha venido á estos lugares mas bien en persecucion mia que en pos de la salud, dijo despues Octavio á Enrique. Amigo, solo los calaveras como yo inspiran tenaces pasiones. Las mujeres son caprichosas; y además en este extravagante mundo no se aprecia sino lo que se teme perder.

Sonrióse Enrique en silencio, segun acostumbraba todas las veces que un doloroso recuerdo se despertaba en su corazon. En seguida, resueltos ambos á declarar la guerra á la doncella sentimental que huia de sus obsequios, fueron á hacer con pretexto de vecindad una visita al anciano que le servia de Argos.

Recibiólos este con bondadosa afabilidad, ignorante de las relaciones de su hija con Octavio; pues olvidado desde luengos años atrás del lenguaje del amor, no comprendia sus síntomas. Respecto á Paulina, aunque su rostro delicado se tiñó de rubor al contemplar al infiel, acogió á ambos con urbana cortesía. En fin, al cabo de algunas semanas, picado el último de la serena indiferencia que la jóven le manifestaba, pretendió renovar su primera intimidad, y consecuente con la táctica extraña que le servia de norma, comenzó á jactarse de sus conquistas, de sus buenas fortunas en voz alta. ¡A las mujeres se les gana siempre por la vanidad! contestaba á Enrique que se admiraba de que queriendo recobrar el afecto de Paulina se complaciera en alarmarla.

— Cuando no son coquetas, Octavio, yo creo que se las domina por el corazon, objetaba Enrique meditabundo.

Paulina y su padre iban con frecuencia acompañados de los dos amigos á examinar curiosamente las canteras de mármoles de todos colores que posee la isla, á recorrer los puntos pintorescos que la hermosean, y á gozar de la majestuosa perspectiva de los bosques incultos que pronto debian trocar de nuevo por el bullicio de la capital. El murmullo sonoro y melancólico de los pinos resonaba como la armonía silvestre del desierto, y Paulina al escuchar arrobada la voz de los árboles piramidales, á los cuales llamaba con sencilla gracia las arpas de la naturaleza, miraba involuntariamente á Enrique, cuyo semblante expresaba igual respeto al que ella sentia por las augustas maravillas de la creacion. Sus ojos se extasiaban contemplando el mismo cielo, y sus corazones se conmovian entregándose á la misma emocion de profunda gratitud frente á las grandes obras de Dios. Como dos almas hermanas que se han extraviado buscándose la una á la otra, olvidaban la tristeza de sus anteriores equivocaciones encontrándose reunidas por último en el paraiso. El ejercicio pedestre, las sanas brisas ó la influencia del ánimo restituian rápidamente á los enfermos sus antiguas fuerzas. Paulina estaba ya rosada y fresca como la poética flor de Alejandría, y Enrique ágil, robusto como en el tiempo en que una funesta languidez moral no le avasallaba. Pero Octavio se ponia de mal humor á medida que los pobres desengañados se restablecian y osaban hablar tímidamente de la esperanza como de una mensajera celestial que les enviaban los ángeles para sacarlos del seno de su infortunio. ¡El Lovelace se mostraba celoso!

Llegó entónces el dia de San Juan. Una tradicion en aquella isla arraigada asegura que el amante rechazado que sale con su escopeta al hombro en la mañana del piadoso Bautista y halla un pájaro posado en el primer árbol próximo á su casa, con tal que le dispare y lo derribe, está cierto de atravesar con una flecha eterna el pecho de su bella ingrata. Apénas pues asomó el alba célebre de una fecha tan popular, se levantó despacio Octavio, cogió el arma mortífera y abandonó su aposento. Habiendo él desdeñado á Paulina, se irritaba no obstante de que se atreviese ella á desdeñarle á su turno. El mejor modo de conseguir que un hombre se arrepienta de su infidelidad, es no echarle en cara que la ha cometido. El corazon humano encierra mil contradicciones y se aficiona á menudo á los objetos que lo dejan.

Una larga fila de pinos se extendia frente al domicilio de Octavio. Regístralos el jóven con su mirada perspicaz, y al descubrir el plumaje tornasolado de una paloma boba entre las ramas sacudidas por el fresco céfiro, un presentimiento victorioso se desliza en su pecho. Alza la escopeta con la cruel satisfaccion del amor propio ofendido que se cree seguro de la venganza; pero cuando va á tocar el gatillo, una mano trémula detiene la suya. Volvió Octavio el rostro enojado y percibió á Enrique, que sospechando su plan lo observara y siguiera inquieto.

— Bien sé que las traiciones nacen generalmente de la ignorancia y la supersticion, exclamó el postrero; pero ¡ay amigo mio! cuando algo nos interesa verdaderamente, la reflexion no consigue tranquilizarnos. Octavio, tu carácter inconstante haria la infelicidad de Paulina, á la cual el mio puede hacer dichosa. Muéstrate generoso de consiguiente con la amistad y la inocencia permitiendo que esa ave vuele libre hácia donde la guie su instinto, y que Paulina obedezca á la voz de la duradera simpatía que hácia mí la conduce.

— ¿Pretenderias *desbancarme?* replicó Octavio, pálido de cólera. ¿Quién te ha dicho que el alma de esa mujer no me pertenecerá siempre interin yo desee dominarla? ¡Para que no lo dudes, mira!

Y fijando sus ojos de águila feroz en la paloma, disparó sin vacilar. Un grito femenil acompañó desde las malezas la detonacion de la escopeta. Mas la paloma, léjos de caer, se elevó en sus alas rápidamente, giró como asustada en el aire, y corrió á refugiarse sobre el seno de Enrique.

— ¡Paulina mia! murmuró este acariciándola como si fuera su amada que le pidiera proteccion.

— ¡Gracias, buen Dios! balbuceaba miéntras tanto una voz tímida bajo los pinos; ¡me salvé!

Acudió Enrique al rumor de aquel querido acento, y encontró la jóven, que agitada por un supersticioso recelo, sospechando tambien la prueba que podia tentar Octavio, habia vigilado las acciones del hombre que ya solo le inspiraba terror en la famosa mañana de San Juan, á fin de libertar de sus pérfidas asechanzas al ave simbólica, arrojándole una piedrecilla que la espantara, segun ejecutó diestramente.

Enrique y Paulina recobraron en la isla de Pinos la salud del cuerpo y del alma, lo que patentiza para consuelo de la pobre humanidad que no hay herida que no cicatrice el tiempo, y que la casualidad suele ser un gran médico propio para practicar milagrosas curas. Convencióse Octavio demasiado tarde de que atormentar á una mujer no es el mejor remedio de conservar su afecto, y Enrique en tiempo oportuno de que el modo de olvidar á una coqueta es prendarse de una jóven consecuente y sensible. Él y Paulina viven felices á la sombra de la paz matrimonial, miéntras los amantes desgraciados, no ignorando que el salto de Leucades ha caido en descrédito, piensan ir á la isla de Pinos á matar palomas-bobas (nombre que llevan á causa de su mansedumbre) informados de la popular tradicion.

Tesoros subterráneos.

He aquí algunos pormenores relativos á los trabajos y descubrimientos hechos en las excavaciones que se han practicado este año en el reino de Nápoles.

Se han continuado los trabajos en Herculanum, y se ha descubierto el interior de dos casas situadas en la pendiente que mira al mar; pero en general los resultados no han sido satisfactorios. En Pompeya se suspendieron las excavaciones por algun tiempo; pero últimamente se descubrió una estatua de bronce que representa á Apolo, de un tamaño algo mayor que el natural. Esta estatua ha sido desenterrada cerca del pequeño teatro. Se han activado los trabajos con objeto de descubrir las murallas de la antigua ciudad; el punto mas interesante ha sido, como siempre, Canosa (Canosium) en la Apulia.

Las excavaciones en los sepulcros griegos han continuado bajo la hábil direccion del caballero Bonucci. Estos sepulcros tienen la forma de pequeñas cámaras, con columnas y pinturas, y se hallaron en ellos objetos muy curiosos, tales como armas, figuras de barro y de vidrio, adornos de oro, collares, pulseras, diademas, pendientes, y algunos camafeos que se distinguen por la belleza de sus dibujos y el tamaño de sus adornos. Se ha descubierto tambien un hermoso vaso en que está figurada la guerra de Oriente y Occidente, entre la Grecia y el Asia; además representa á Darío sentado en medio de sus sátrapas y recibiendo los tributos que vienen á ofrecerle las diferentes provincias de Asia, bajo la forma de hermosas mujeres. El caballero Bonucci ha hecho trasladar todas estas preciosidades al museo Borbónico.

En Capua se hicieron tambien algunas excavaciones, descubriéndose un sepulcro samita en forma de cámara, en cuyas paredes están representadas algunas figuras de mujeres tocando el camarillo.

Además, se han encontrado algunos vasos negros con relieves dorados, y algunos anillos y adornos de oro.

Historia de los amuletos.

La palabra *amuleto* sirve para designar los objetos que se llevan en el pecho, y á los cuales se atribuye la propiedad de librar á la persona que los lleva, bien sea de dolores ó enfermedades, bien de casos desgraciados. De la voz latina *amuleta*, originariamente *amoleta*, que Vossius hace derivar de *amoliri* (apartar, alejar), es de donde proviene la palabra amuleto.

Cuando una persona naturalmente crédula y supersticiosa se ha librado de un inminente peligro; cuando un dolor que padecia la misma ha desaparecido de repente, ó le ha acaecido algun feliz suceso que le saque del estado de miseria en que se hallaba, rara vez atribuirá su espíritu estos cambios á su verdadera causa. En lugar de ver en ellos el resultado del encadenamiento de circunstancias, el concurso de acontecimientos producidos por la naturaleza de anteriores sucesos, una reaccion verificada en la economía en virtud de leyes fisiológicas, creerá, por el contrario, que son consecuencias debidas á causas enteramente extrañas, y atribuirá la produccion de estas vicisitudes, á las cuales da su mismo carácter imprevisto cierta apariencia milagrosa, á un objeto que en el fondo es completamente indiferente. Cuando se mezclan creencias religiosas, las preocupaciones suelen ser mas arraigadas y mas peligrosas; como que la ignorancia de las causas reales es profunda, y la imaginacion pobre de los supersticiosos no alcanza la razon de las cosas, los errores son mas funestos. La creencia en la virtud de los amuletos es una supersticion grosera, fruto de la ignorancia de las causas reales, y cuya persistencia es debida á las casualidades que algunas veces parecen confirmar la eficacia de su destino.

El Oriente es la patria de los amuletos, lo mismo que de la mayor parte de las creencias que mas fuertemente han dominado al espíritu humano. Los judíos conocian los amuletos con el nombre de *Tothaphoth*. Moisés, con el objeto de destruir esta supersticion de su pueblo, ordenó que se llevasen en la mano ó sobre la frente preceptos escritos de la ley; que se fijasen en los umbrales de las casas y en los pilares de las puertas; sustituyendo de esta suerte una costumbre moral que á todas horas debia recordar á los israelitas los deberes que tenian que cumplir, á una práctica supersticiosa. Pero esta costumbre de llevar inscritas en los vestidos sentencias tomadas del Pentateuco (*Tephillim*, como decian los hebreos), pronto degeneró en una supersticion absolutamente semejante á la que Moisés habia querido desterrar; no tardó en atribuirse á los filateros una virtud material é intrínseca, que les trasformó en verdaderos amuletos. Las mujeres de los judíos llevaban igualmente ciertas alhajas que creian eran preservativos poderosos. Los *lekhaschim*, ó figuras de serpientes de que habla Isaías, eran de este número; tenian la propiedad de apartar á los malos espíritus y librar de los animales venenosos. En general se suponia por el principio *similia similibus*, que las imágenes de animales maléficos conjuraban á aquellos animales que representaban. La creencia que hacia llevar estos amuletos á las mujeres judías, obligó á Moisés á erigir la serpiente de metal para curar á los que habian sido mordidos por dichos reptiles.

En tiempo de Jesucristo, el uso de los amuletos y de los encantos estaba muy en voga entre los hebreos. Atribuíase á Salomon la composicion de algunos de aquellos, que eran considerados como los mas poderosos. El historiador Josefo nos dice que con ellos se conjuraba á los malos espíritus y se preservaba de enfermedades. Semejante supersticion provenia evidentemente de los antiguos persas, entre los cuales los *tahvids* ó *taahvids* hacian el mismo papel que los filateros hebreos. Se les aplicaba asimismo sobre diversas partes del cuerpo para librarse de diferentes males. Lo que nos hace creer esta semejanza es, que estos *tahvids* eran hechos en nombre de Feridoun, rey célebre cuya historia ofrece mas de una analogía con la de Salomon.

Los amuletos propiamente hablando, han sido poco usados entre los griegos y romanos. Los primeros algunas veces usaban anillos mágicos para curarse de ciertas enfermedades; empleaban como encantos ó talismanes ciertos objetos, tales como los que cuelgan los herreros de sus chimeneas para apartar la envidia y la malquerencia. Yerbas reputadas mágicas tenian propiedades análogas, y con este motivo ceñian la sien con ellas, como lo recuerda Virgilio en su sétima égloga. Con el mismo objeto se llevaban tambien collares de coral y de ciertas conchas, y colgaban al cuello de los niños falos: « *Pueris turpiculares in collo quadum suspendebatur, ne quid obsi bonæ scævæ causa* » dice Varron.

Por lo demás, hasta muy tarde no se introdujo entre los griegos y entre los romanos la mayor parte de estas prácticas supersticiosas: en la época imperial es cuando mas particularmente estaban en uso: habian venido en pos del cortejo que acompañó á las doctrinas orientales. Los gnósticos, que parecen haber sido los principales corredores de las creencias asiáticas en el Occidente, daban mucha fe á la virtud de los amuletos. En Persia, en Syria y en Egipto fué donde se contrajeron tan supersticiosas costumbres. Los cilindros persepolitanos serian probablemente amuletos, lo mismo que las innumerables figuritas que se encuentran en los sepulcros egipcios. Sin duda alguna los israelitas se acostumbraron al uso de los amuletos durante su mansion en la tierra de Faraon.

Los árabes, á cuya raza pertenecen los hebreos, son extremadamente supersticiosos; no solo usan los filateros, como los judíos, y se cubren el cuerpo con sentencias del Alcoran, sino además llevan sortijas, piedras preciosas, y mil objetos diversos, que ellos imaginan tienen virtud de curar las enfermedades, arrojar á los demonios y destruir los malos efectos de los encantamientos.

Los persas componen unos saquitos sumamente pequeños, dentro de los cuales meten sentencias escritas sacadas del Alcoran. Estos amuletos los suelen llevar en el pecho, en el cuello y mas comunmente en el brazo. Tambien se los ponen á los animales para preservarlos de maleficios y enfermedades.

La mayor parte de los musulmanes de la India tienen en el cuello, en el turbante, en el brazo ó en la muñeca el *Ism*, palabra sacramental escrita en alguna placa de metal ó pedazo de porcelana ó de papel, ó bien bordada en un trozo de kumkhwab, seda tejida de flores de oro y plata.

Los tártaros, los chinos y los brahamnistas llevan iguales amuletos. Los boudhistas de la isla de Ceylan se aplican en las partes del cuerpo donde sienten dolores, figuras de demonios, y creen firmemente que se

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

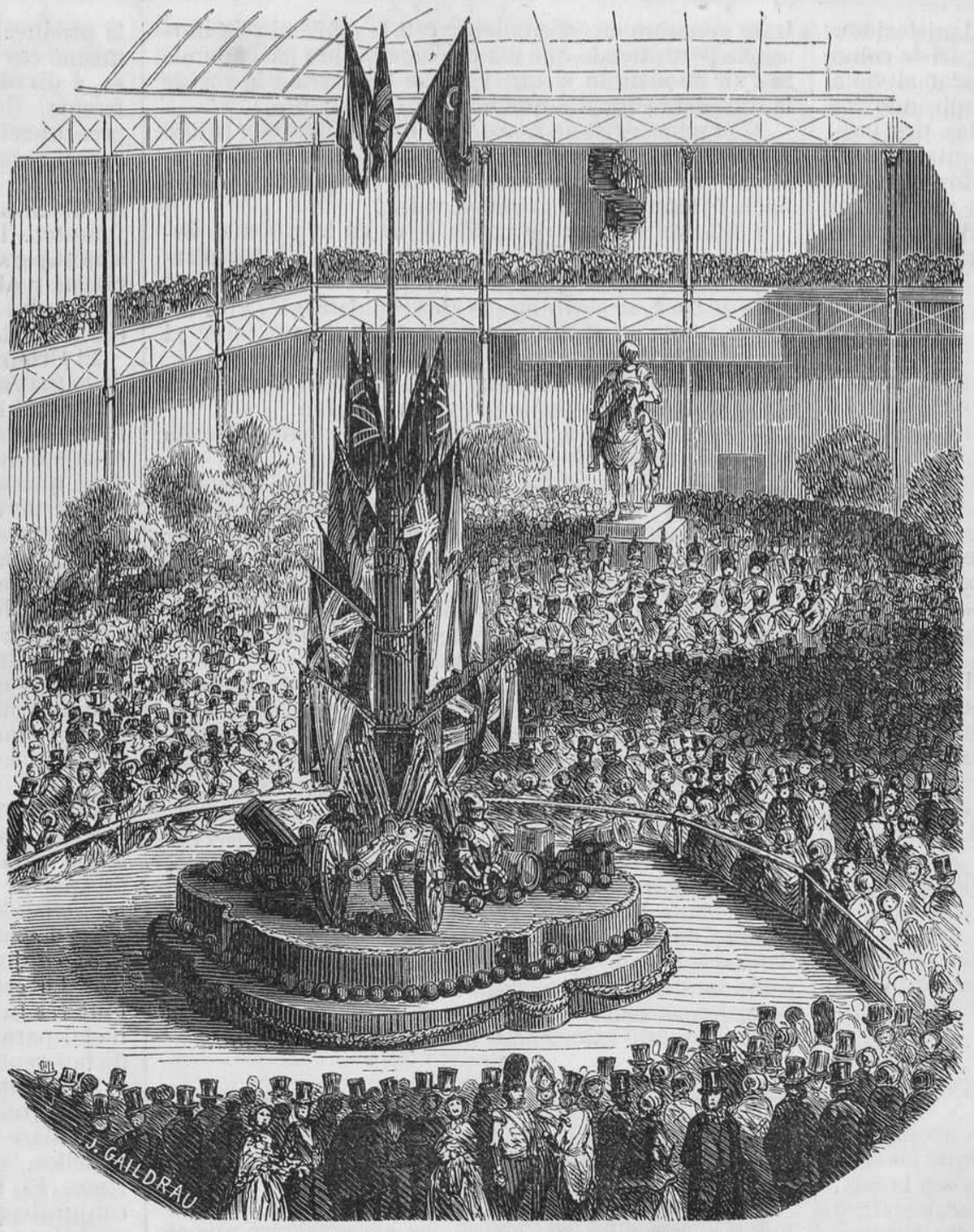
curan con semejantes cataplasmas de nueva especie.

Tambien los cristianos han adoptado el uso de los amuletos. Pudieramos citar los concilios de Laodicea, de Ancira, de Cartago y otros, que prohiben semejantes usos y condenan tales supersticiones. Pero nos concretarémos á decir, que la iglesia terminantemente ha dado su parecer sobre este particular.

Concierto patriótico en Lóndres.

El sábado 27 de octubre tuvo lugar en Cristal Palace en Lóndres la gran fiesta militar á beneficio de la suscricion abierta en favor de los heridos, viudas y huérfanos del ejército de Oriente. Cuando se abrieron las puertas del salon á la muchedumbre, todas las miradas se fijaron en la banda de música de los guias que habian querido tomar parte en esta solemnidad patriótica. Los músicos franceses colocados en un estrado de honor saludaron al público con un *God save te Queen*, ejecutado tambien por la música del palacio. En el centro del edificio se habia erigido un inmenso trofeo.

Los dos cañones que figuran al pié, haciendo juego con los dos morteros, han sido tomados en Bomarsund.



El trofeo, compuesto de armas diferentes, y de cuatro colecciones de armaduras de acero, se escalona por hileras sucesivas cada una de ellas mas pequeña que la que tiene debajo, y concluye por un asta elevada á la cual estaban suspendidas las banderas de Inglaterra, de Francia y de Turquía, y que coronaba una guirnalda de laureles. Entre los himnos nacionales de los dos países se oyó con mucho agrado el *Partant pour la Syrie*; en aquel momento los guias, no solo á título de excelentes músicos, sino sobre todo como franceses, recibieron una ovacion de aquel público escogido.

El sábado siguiente fueron festejados con un banquete de despedida, seguido de un baile por suscricion, con intermedios de canciones patrióticas. Bien que la mayor parte de los bailarines no pudieran comprenderse entre sí, como dice la prensa británica, no por eso dejó de reinar entre ellos la mas perfecta armonía.

Además ciertas fórmulas se entendian á las mil maravillas, como verbigracia cuando un guia presentaba su vaso á un granadero diciéndole: ¡*Vivan los ingleses! ¡mueran los cosacos!* ó cuando un granadero queria responderle en francés con un acento grotesco: ¡*Viva el Emperador*!

P. B.

El telescopio de lord Rosse.

Conocidos son en la ciencia los brillantes descubrimientos que hizo en las altas regiones del cielo el conde de lord Rosse á beneficio de un telescopio monstruo construído á sus expensas en una de sus propiedades cerca de Dublin. Reasumiendo los curiosos detalles que dió sobre él la prensa británica, ofrecemos á nuestros lectores una imágen fiel de este instrumento gigantesco, el mayor que ha existido hasta el dia.

El diámetro del cristal grande del telescopio de lord Rosse tiene 6 piés ingleses (1 metro, 82,4); su grueso es de 5 pulgadas y media (0 metro 16,7) y su peso se calcula en tres toneladas y tres cuartos. En su composicion han entrado 126 partes de cobre y 57 y media de estaño fino. Su foco es distante de 54 piés (16 metros 44,6). El cristal reposa sobre un cubo de 8 piés (2 metros 43,2). El tubo, de madera de abeto tiene 7 piés y medio (2 metros 27,2) de diámetro en su medio, y 6 piés (1 metro 97,6) á sus extremidades.

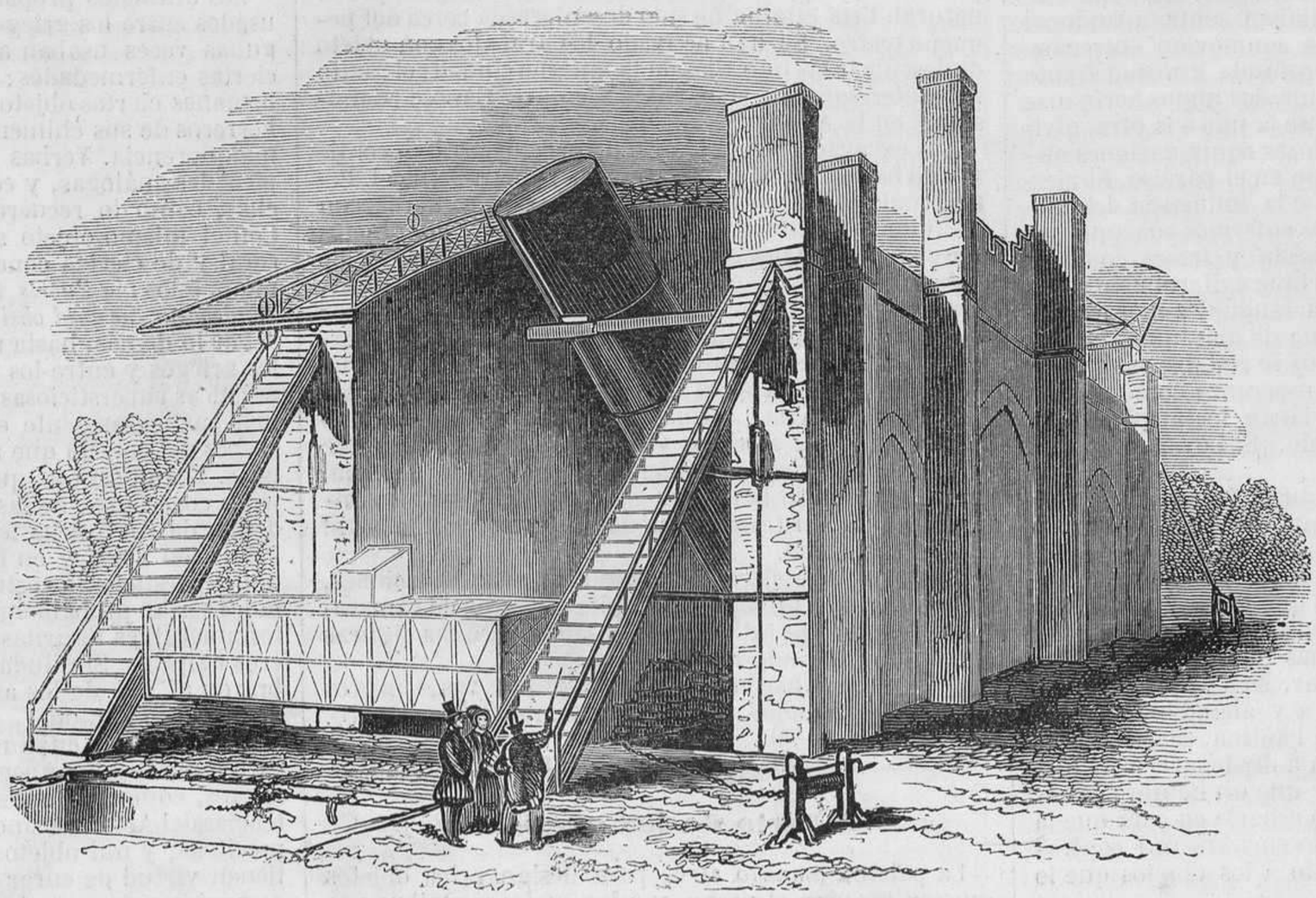
El telescopio se halla dispuesto entre dos muros que le sirven de apoyo. Estos muros son de piedra y tienen unos 71 piés (21 metros 58), de largo del Norte al Mediodía; 56 piés (15 metros 20) de alto, y se hallan distantes uno de otro, de 23 piés (6 metros 99,2). Se elevaron con la mas rigurosa exactitud paralelamente al meridiano.

Sobre la superficie exterior del muro oriental se halla fijado un arco de hierro de unos 43 piés de diámetro, provisto de diferentes aparatos para mover el telescopio y para dirigirle hácia los objetos que se quieren observar. El mecanismo, sumamente sencillo, es de tal precision, que puede determinarse fácilmente la menor desviacion del paralelismo del meridiano.

El tubo, el cristal y las piezas accesorias que forman el conjunto de este instrumento colosal pesan unas 15 toneladas, ó sean 15,000 kilógramos.

El telescopio descansa sobre una construccion de fábrica de 6 piés, (1 metro 82,4) sobre el suelo. Se eleva y se baja por medio de una cadena de hierro, y aunque su peso total sea, como hemos dicho de quince toneladas, dos hombres bastan para levantarle y bajarle fácilmente. Entre los dos muros hay una plataforma en las galerías que se alzan y se bajan á la voluntad del espectador por medio de máquinas muy sencillas. Estas galerías parecen poco sólidas á primera vista, pero el observador está en ellas tan seguro como en tierra. Cuando el instrumento se halla colocado horizontalmente, en seis minutos pueden dos hombres elevarle al zenit perpendicularmente.

El 5 de marzo de 1845 principió á funcionar este telescopio. La noche de ese dia fué una de las mas hermosas que se han visto en Irlanda, de modo que lord Rosse, el doctor Robinson y sir James Smith pudieron observar una porcion de nebulosas que, desde la invencion de la astronomía, se habian presentado siempre á los ojos de los habitantes de nuestro planeta como grupos de estrellitas incoloras.



El telescopio de lord Rosse.

» En mi vida, dice James Smith, de quien tomamos estos pormenores, habia visto yo tal magnificencia, una auréola de gloria tan maravillosa, un conjunto de estrellas tan brillantes como las que se ofrecieron entónces á mis ojos. A menudo he observado con mi grande anteojo acromático muchas nebulosas, pero á pesar de que mi instrumento alcanza muy léjos, comparado con el telescopio de lord Rosse, es lo que la vista natural comparado con mi anteojo cuando busca en el espacio el círculo opacos de Saturno ó el brillo deslumbrador de Vénus. »

Las observaciones hechas sobre la luna procuraron goces inefables á nuestros astrónomos.

« Hasta aquel dia, dice sir James Smith, solo se habia visto *sobre* la luna, pero entónces nos prometimos ver *en* la luna. El 15 de marzo tenia siete dias y medio. ¡Oh! nunca he visto su disco tan magníficamente iluminado, y sus montañas tan bien determinadas. Me parecia que podia medirlas. En el momento de mi primera observacion, habia visto una estrella del sétimo tamaño que se acercó en algunos minutos á la distancia de un grado de la parte oscura de la luna, y que bien luego se sumergió completamente en ella. La seguimos durante dos minutos en esa sombra, y luego desapareció á las diez y nueve minutos. Muchas veces habia visto ya este fenómeno, pero jamás habia descubierto un brillo semejante á aquel que despidió esta estrella durante su inmersion, y en el instante en que desapareció: ¡impenetrable misterio! »

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT. PARIS. — TIP. WALDER, CALLE BONAPARTE, 44.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte